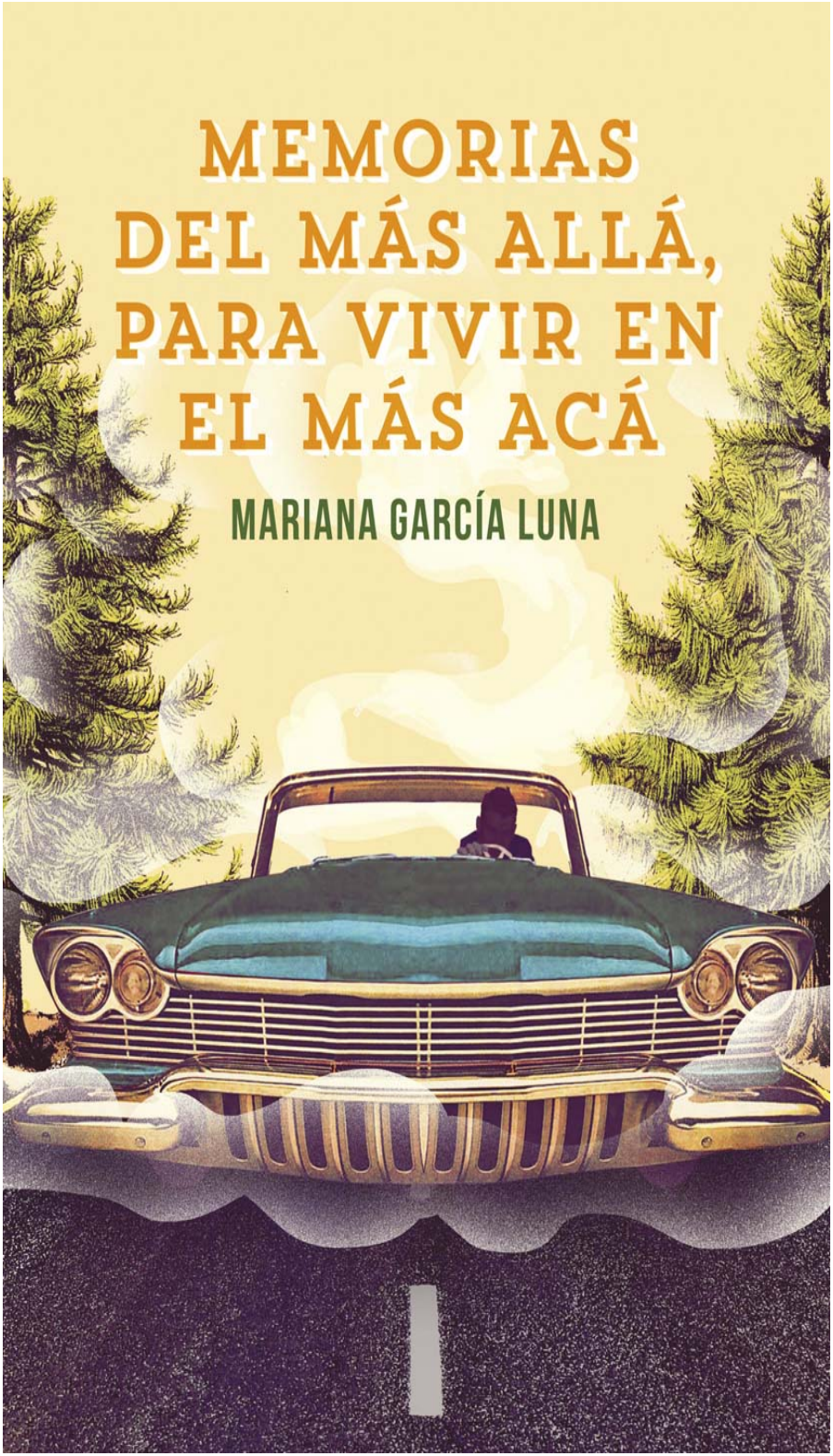
MEMORIAS DEL MÁS ALLÁ, PARA VIVIR EN EL MÁS ACÁ

MARIANA GARCÍA LUNA

MEMORIAS DEL MÁS ALLÁ, PARA VIVIR EN EL MÁS ACÁ

MARIANA GARCÍA LUNA



Memorias del más allá, para vivir en el más acá

Mariana García Luna

ALFAGUARA MR

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleermex

@megustaleermex

Penguin Random House Grupo Editorial

Dedicado a todos aquellos que deseen abrir los ojos

Los hechos narrados aquí son cien por ciento ficción; sin embargo, algunos episodios se encuentran ubicados dentro de sucesos reales. Los personajes y las historias surgieron de la imaginación de su autora. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Con mucho respeto y admiración, se utilizan los nombres de dos grandes personajes de la vida real que ya no se encuentran físicamente entre nosotros, pero a quienes nunca olvidaremos porque siempre seguirán acompañándonos.

Prólogo

Quién mejor pa' dar un consejo que uno que ya la vivió… Por supuesto, estoy hablando de la vida, de alguien que ya vivió la vida.

Estaba harto de ir y venir entre curas, chamanes, adivinas, fanáticos religiosos y otros tantos que se creen sabedores de la verdad. La única verdad es que nadie atinaba a darme el consejo perfecto, el que me ayudaría, por fin, a remediar todos mis problemas o, quizás, el único: vivir. Porque de vivir resultan todos los males, ¿a poco no?… O por lo menos eso es lo que yo pensaba. No es que fuera pesimista, aunque tal vez sí, andaba todo achicopalado. Es que como dicen por ahí: "La vida es dura y canija", y pus a mí me tocó "redura" y "recanija", y como que ya no la andaba aguantando mucho. Debo confesar que la valentía no es lo mío: le sacaba la vuelta a darme "matarile" con mi propia mano. Y pus, como quiera que sea, uno se encariña con sus pertenencias; aunque una de esas pertenencias fuera una vida "redura" y "recanija" como la mía. Por eso me puse a pensar en otras opciones, porque la verdad ya no quería seguir viviendo así.

Pero, como decía, quién mejor pa' dar consejos sobre la vida que un muerto. ¡Ah!, ¿no les dije que se trataba de un muerto?… Pus, ¡¿quién más podría hablar sobre la vida vivida hasta el fin, si no es uno que ya estiró la pata?! ¡Cabezones! Digo, disculpen que me altere, a veces no sé por qué se me sube el coraje así nomás; segurito es el efecto secundario de haber llevado a cuestas una vida "redura" y "recanija", y que aún no logro quitarme del todo. Pero a'i la llevo. Dispensen ustedes.

Decía que el mejor consejero sería un mismísimo muerto. Porque, a ver, si lo miramos de otra forma, si le buscamos el lado práctico, dejando lo macabro p'algún programa de esos amarillistas de la televisión y lo festivo pa'l Día de Muertos, un muerto es, entonces, un experto en la vida. Él ya la vivió todita.

¡Quihúbole! ¿A poco no los apantallé con mi reflexión? Un muerto ya conoce todas las respuestas: sabe en qué la regó y a qué le atinó. Porque algo bueno habrá hecho el difuntito, digo yo, ¿no?; ya sabe qué es lo que debería haber hecho en tal o cual situación, qué debería haber contestado a tal o cual pregunta, ya sabe qué personas tenían buenas intenciones y pus, por qué no, ya sabe si encontró al amor de su vida o lo dejó escapar, etcétera, etcétera, etcétera. Pero lo más importante es que ya venció el peor de todos los miedos: el miedo a la

muerte. Pus porque ya está muerto y eso ya no tiene remedio, ¿verdad? Así que, si no está feliz con su condición, por lo menos estará resignado.

Total, después de mucho pensar, de quebrarme el coco hasta las tantas de la madrugada, llegué a la conclusión de que un muerto sería el mero mero indicado p'ayudarme. Eso sí, la cosa iba a estar canija, como podrán figurarse. ¿Cómo daría con el muerto perfecto pa' conseguir el mejor consejo?… Porque, digo yo, así como hay de personas a personas, también hay de muertos a muertos, ¿qué no?

Antes de empezar con mi historia de la búsqueda del muerto perfecto, les contaré algo sobre mí, pa' que se hagan una idea de mi vida y no crean que me volví loco. Aunque deben saber algo, pué' que sí, ciertamente, esté un poco chiflado, pero más que falto de tornillos, lo que soy es terco: al final de mi aventura (porque esto de andar tras los muertitos resultó toda una gran aventura) descubrí la fórmula para la felicidad. ¿Ah, no me creen?… Pus paren orejas que aquí les va mi historia.

Simeón en Tijuana

¿A quién en su sano juicio se le ocurre dar a su primogénito el nombre de Simeón? Digo “en su sano juicio” porque mi padre ni era sano y mucho menos tenía juicio. Era un jugador empedernido que apostaba lo que fuese con tal de calmar sus ansias; no le importaba llevarse entre las patas a quien fuera. Apostó por las cosas más ridículas, entre ellas a que llamaría Simeón al primer hijo varón que tuviera. Debo aclarar que mi padre era un apostador empedernido, pero con mala suerte.

Nací y me llamaron Simeón. Simeón, Simeoncito. Mi madre me llamaba solamente “Si”. Fue lo más positivo que tuve en la vida.

Pasé seis años de primaria siendo “Si-meón”, otros tres más en secundaria y, ya pa’ no dejar, otros tres en la preparatoria. A la universidad me negué a ir. Sí, yo me negué, pero a mi madre le valieron sorbete mis pretextos pa’ no ir e igualito me mandó.

Además de ser borracho y jugador, mi padre tenía mal carácter; nunca se le podía llevar la contra; mucho menos poner en entredicho sus decisiones. Una vez tuve a mal envalentonarme ante él y preguntarle por qué me había puesto Simeón.

—¡Porque me dio la gana! —respondió encorajinado. Y no me agarró a cintarazos nomás porque mi pobre madre se le aventó a las piernas pa’ detenerlo; que si no, una paliza más se hubiera colado a la larga lista de cintarazos que recibí en mi infancia.

Como decía, a la universidad me negué a ir, pero tuve que hacerlo a fuerza, por no desobedecer a mi mamacita santa. Ella quería que su Si fuera un hombre de bien y no un ignorante. Que vivir en la capital, en la ciudad de México, valiera la pena. Pero nunca fui bueno pa’ los estudios, pa’ qué más que la verdad. Y nomás de pensar en aguantar otros cuatro o cinco años siendo la burla de los compañeros, se me apretujaba el estómago y un ardor en las entrañas me subía y me bajaba. Así que sólo aguanté el primer semestre; mejor me salí pa’ ponerme a trabajar, que pa’ eso sí era bueno.

Desde chamaco siempre me gustaron los coches, los viajes en carretera, manejar sin rumbo, hecho la mocha, sintiendo que al final del camino se encuentra una vida mejor.

Mi padre tenía un taller mecánico en la colonia San Rafael, cerca del Centro Histórico de la ciudad, así que desde chamaquito aprendí el oficio. Toda mi infancia la pasé rodeado de chatarra, coches, partes,

grasa y aceite; y eso me ponía muy contento, sobre todo cuando mi padre, por andar de borracho, se perdía y no sabíamos nada de él en días. Entonces, todos disfrutábamos de su ausencia y podíamos hacer lo que nos gustaba. Mi madre cantaba y escuchaba sus radionovelas, mis hermanas usaban minifalda y salían con los novios, el perro dormía en el sillón de la sala y los muchachos en el taller podían trabajar a gusto, darse sus descansos pa' tomarse su coca-cola y fumarse sus cigarritos. ¿Yo?, ni se diga: los mejores días de mi niñez los pasé en su ausencia. Aprovechaba pa' pegarme a don Simón, que se llamaba casi como yo, pero no igual: sólo nos diferenciaban una "e" y como treinta años. Era el encargado del taller y quien más sabía de coches; también le gustaba mucho platicar. Me contaba su vida mientras me enseñaba cómo cambiar una llanta, una bujía, una manguera o revisar los frenos; y según fui creciendo me enseñó todo el relajo que hace andar un coche.

El mejor lugar del mundo para mí era el taller. Ahí nadie se burlaba de mi nombre: me respetaban. Primero quizá por ser hijo del patrón, pero después porque todos se percataron de que yo tenía un don especial para los coches. A los quince años ya me las sabía de todas todas. Hasta me construí mi propio carro, de uno viejo y olvidado que alguien abandonó en el fondo del taller. Poco a poco lo fui arreglando, siempre con una idea en mente: al terminarlo me largaría de ahí y me iría muy, muy lejos. Tijuana sería mi destino.

Al día siguiente de cumplir los diecinueve años me despedí de mi madre, de mis hermanas, de don Simón y de mi perro (que no era el mismo perro del sillón, porque ése ya se había muerto). Mi padre, con la excusa de mi cumpleaños, había agarrado tremenda guarapeta y no se dio cuenta de nada. Mejor pa' mí.

—¡Adiós, Si! ¡Adiós! —gritaba mi madre con lágrimas en los ojos —. ¡Sé muy feliz!

Fui feliz hasta los 200 km. Ahí, mi coche se detuvo y no prendió más.

Después de todo, no me las sabía de todas todas. Algo había fallado y no sabía qué; aunque sospechaba que tenía que ver más con mi nombre y con el hecho de haber nacido, que con mis habilidades de mecánico. No, no es que fuera negativo… ¿O sí?

Tuve que caminar un par de kilómetros para pedir ayuda. En ese tiempo no existían los celulares, ni había gasolineras a cada kilómetro, ni tampoco supercarreteras de cuota. Así que tuve suerte cuando encontré un letrero que decía "Comala", con una flecha medio despintada indicando un camino que llevaba cuesta abajo. Aclarando: tuve suerte, pero mala suerte. Ese pueblo era rarísimo, era un pueblo sin ruidos y hacía un calor que me ponía a pensar en el mismísimo

infierno; parecía habitado por fantasmas. Un tal Juan Preciado se presentó ante mí y me dijo muy serio:

—Buen día, soy Juan Preciado.

—Buen día, soy Simeón —contesté con la misma seriedad. No se burló de mi nombre ni me preguntó por el apellido.

—¿Buscas a tu padre? —me preguntó.

—Huyo de él —respondí, sorprendiéndome de mi sinceridad.

—Ah —contestó, y siguió su camino. Una gran polvareda se alzó de pronto y ya no pude seguirlo. Le grité, pero no me escuchó o no quiso escucharme. Debe haber caminado muy rápido porque desapareció tan pronto como la misma polvareda.

No encontré a nadie más que pudiera ayudarme. Dos ancianas pálidas se mecían en unas sillas despintadas y chirriantes a la entrada de una casa que tenía las ventanas rotas, las puertas zafadas, telarañas y mugre por todos lados. Nomás de verlas se me puso el cuero de gallina. Me miraban con unos ojotes tristes tristes, como si yo les recordara aquella juventud que nunca más volvería.

Tan aprisa como pude, salí de ahí. Me costó encontrar la carretera porque el letrero que decía "Comala" se había esfumado. Estaba seguro de haber salido por el mismo camino por el que entré, pero el letrero no estaba más ahí. "Seguramente la polvareda que se llevó al tal Juan Preciado también se llevó el letrero", pensé, y seguí mi camino, no muy seguro de mi conclusión, pero queriendo escapar rápidamente de ese extrañísimo lugar.

Antes de que anocheciera hallé otro pueblo. Junto a la carretera encontré un taller. Dos tipos, uno mayor y gordo y el otro joven, chaparro y flaco, arreglaban una llanta ponchada. Me acerqué, un poco chiveado, porque el gordo le pegaba tremendos gritos al flaco; tragué saliva y, con la voz temblorosa, intenté explicarles mi problema.

—¿¡Qué!? —gritó el gordo.

Y volví a repetir mi dificultad, pero con una voz más fuerte.

—Ah, pos así sí te escucho. No que con esa voz de pajarito, pos pareces vieja, chamaco —me dijo el gordo en un tono más "amable".

Entre el gordo y el flaco me ayudaron a jalar mi coche hasta el taller. Pero como no tenía dinero pa' pagar, tuve que quedarme a trabajar con el gordo, que resultó ser el dueño del taller.

Me quedé cinco años en San Luis Pacífico, que así se llamaba el pueblo. No es que en todo ese tiempo no hubiera podido ahorrar para saldar mi cuenta, sino que me fui encariñando con el trabajo y con la gente; sobre todo con Marta, "Martita", como le decían de cariño. Era la hija menor de don Juven, mi patrón (el gordo, pues), el dueño del "Taller Mecánico Juventino". Ella era dos años menor que yo, pero su

papá la seguía viendo como a una niña chiquita; no se daba cuenta de que de chiquita no le quedaba ya nada. Lo que sí notó fue la cara de baboso que puse cuando la conocí.

—¡Hey, tú! Quita esa cara de baboso y ponte a trabajar. Ay de ti si te veo rondando a mi Martita —me gritó don Juven delante de ella y de los muchachos del taller.

Sentí mucha pena, así que cada vez que Martita se acercaba al taller, yo buscaba la forma de esconderme o de huir de ella. Así pasó más o menos un año, hasta que en su fiesta de cumpleaños número dieciocho, con el pretexto de ser la festejada, se me acercó y me invitó a bailar. No les he dicho, pero yo de chamaco era de buen ver; ahora estoy algo panzón y los pocos pelos que me quedan ya ni tienen color, pero en ese entonces… Uy, si me hubieran visto… Nomás que era tímido y me daba vergüenza hablar con las muchachas. Pero ella me lo puso fácil: me coqueteó toda la noche, hacía bromas, se reía, me hablaba con esa voz dulce y suave que me derretía todito, y yo, a pesar de mi cara de baboso, sentí que le gustaba. Entonces, me envalentoné por segunda vez en mi vida y le pregunté que si quería ser mi novia. Y con la misma coquetería, con su voz dulce y suave, me respondió que no. Me quedé tragando pinole, como dicen por ahí. Ella salió corriendo y fue a reunirse con sus hermanas. Entonces, Juana, la mayor, se me acercó.

—Así que quieres ser novio de Martita, ¿no? —me dijo en un tono que no entendí.

—Pus… sí —contesté confundido.

—¿No te advirtió mi papá que no te le acercaras?

—Pus… sí —contesté nervioso.

—¿Y no te importa?…

—Pus… sí —contesté tontamente.

—¿No sabes responder otra cosa que “pus sí”? —preguntó Juana, ya algo desesperada.

—Pus… sí —volví a contestar lo mismo, no sabiendo qué otra cosa decir.

—O sea, que si te digo que Martita no te quiere, pero yo sí y quiero que seas mi novio, ¿qué me dirías?…

—…

—Vaya, ahora hasta mudo te quedaste.

No podía dejar de repetirme para mis adentros, una y otra vez, que Martita no me quería. Pero, entonces, ¿por qué me había sacado a bailar, por qué me había estado coqueteando? No lo entendía, todo ese año mirándola de lejos, deseándola y, cuando parecía que mi sueño de tenerla se iba a volver realidad, la realidad sólo me traía a una escuincla vanidosa que se burlaba de mí. Y en ese momento, no

sé, un coraje se me subió a la cabeza. Entonces, sin pensarlo mucho, que me envalentono de nuevo y que agarro a la Juana, que la abrazo fuerte contra mí y que le planto tremendo beso (y eso que yo nunca había besado, pero sí había visto todas las películas del Cine de Oro Mexicano).

—¿Responde eso a tu pregunta?

—Pus… sí —contestó Juana, atontada.

Pa' no hacerles el cuento largo, nos casamos a los seis meses. Juana no era fea, de hecho era bastante guapa, aunque era mayor que yo: ocho años mayor. Me caía muy bien, la verdad. Era inteligente, simpática y cocinaba bien sabroso, pero, pus no era Martita. El amor verdadero, cuando llega, llega pa' quedarse; así que Martita se quedó en mi corazón pa' no salir jamás.

Juana estaba obsesionada con tener hijos. A mí, la verdad, me daba igual. Más bien, ni había pensado antes en eso. Pasamos todo un año intentándolo, pero nada, nomás no pegaba. Juana se empezó a frustrar y me echaba la culpa de todo. Decía que ella era una mujer sana, que seguramente debía ser yo, con un pinche nombre tan feo. Sí, así me lo dijo un día, y la maldición de mi nombre comenzó de nuevo. Hasta ese momento a nadie le había importado mi nombre, pero desde ese día empecé a ser Si-meón de nuevo; Juana se burlaba de mí, de mi "impotencia" e "infertilidad", y de mi horrible nombre. Comenzó a descuidarse y a comer como pelón de hospicio. Se puso tan gorda que una mañana ya no pudo levantarse de la cama para ir al baño y se orinó ahí mismito. Mi vida se convirtió en un calvario. Lo peor fue que, a pesar de su gordura, ella seguía terca con lo de los hijos; yo buscaba mil pretextos para no estar con ella y, aunque a veces lo conseguía, otras no me quedó más que "cumplirle".

Y Martita cada día más hermosa, y también cada día más lejos de mí. Juana sentía unos celos terribles de su hermana; poco a poco le fue negando la entrada a la casa, hasta que un día ya no volvió más. Yo sólo podía verla cuando se daba sus vueltas por el taller. Esos momentos eran los mejores de mi vida. Pero como dicen por ahí: "No hay mal que dure cien años, ni santo que lo resista", así que una noche me escapé. Salí de la casa mientras Juana, tan gorda gorda como una ballena, gritaba como loca desde la cama; me exigía que le hiciera un hijo. Yo ya no podía más y, como ni soy santo ni valiente, emprendí la graciosa huida; al cabo que no iba a poder alcanzarme.

No pude llevarme nada más que lo poco que me quedaba de dignidad y mi coche, aquel que me había llevado hasta ese pueblo. Recé pa' que esta vez sí pudiera llegar hasta Tijuana.

Tequila, llegué hasta Tequila, Jalisco. Mi coche se quedó parado justo debajo del letrero que decía "Bienvenidos a Tequila", frente a un enorme paisaje de agaves azules. No les voy a contar los detalles, pero tres años fueron suficientes pa' curar mis penas en puritito alcohol, convertirme en macho mexicano, meterme en un montón de pleitos de cantina (la mayoría de las veces a causa de mi nombre), robarme a la hija del presidente municipal (que estaba rechula) y devolverla a los pocos meses, porque resultó insoportable y ni siquiera sabía cocinar.

Y Martita, empecinada, seguía sin salirse de mi corazón.

Me subí de nuevo a mi coche y agarré carretera, esperando encontrar esa mejor vida al final del camino.

Esta vez llegué mucho más lejos: hasta Chihuahua; y ahí me detuve; estaba cansado. Tijuana se encontraba más cerca, pero ya no tenía fuerzas pa' seguir. Me enfermé.

Me pescó una enfermedad rara. Me dolía todo el cuerpo, sentía como si montones de moretones me hubieran salido por todos lados, y tenía un cansancio que nomás no se iba por más que durmiera. A veces, amanecía con la sensación de que un camión me había pasado por encima; empecé a enflacar y me salieron unas ojeras de perro viejo. Mi juventud se había quedado en algún lugar de la carretera; ya no tenía ganas de vivir. Tijuana aún me hacía ilusión, pero cada vez se volvía más lejana, inalcanzable. Así que me quedé en la capital del estado más grande de México.

A pesar de mis achaques, pus tenía que trabajar. No había perdido mis habilidades como mecánico y estar entre coches siempre me ponía contento. Pronto encontré un buen taller, muy grande y moderno. Trabajé ahí por muchos años. Pero la enfermedad nunca se me quitó; les digo que era muy rara, iba y venía según su gusto. Llegaba en los momentos más inoportunos y se retiraba de igual manera. Nunca me casé; digo, nunca me volví a casar. Siempre tuve miedo de mi "infertilidad", jamás me atreví a averiguar si quien no podía era yo. Algo me decía que así era. Pero eso sí, le di vuelo a la hilacha: tuve muchas mujeres, y a todas las abandoné. Cuando se ponían ya en el plan de "¿y nosotros pa' cuándo? A mi amiga Fulanita ya le dieron anillo, ¡qué emoción!", y me veían con esos ojitos rogones de "ándale, ándale", me entraban unas ñáñaras, que pa' qué les cuento… Así que mejor recurría a la graciosa huida y salvaba mi pellejo. Ninguna se parecía a Martita.

Me resigné a no irme a Tijuana, y con los años trabajando de

mecánico pude ahorrar lo suficiente p'abrir mi propio taller, al que llamé Taller Mecánico Tijuana.

Y así llegué a viejo. Me convertí en un viejillo achacoso que, después de sesenta años, aún seguía sin saber cómo vivir, cómo ser feliz. Pero no me rendiría. Un pensamiento se me metió en la cabeza como mosquito a media noche, de esos que no te dejan dormir y te zumban y zumban en el oído hasta que prendes la luz y decides ponerle remedio. Primero Dios, todavía tendría muchos años por delante, y mis sesenta y tantos no me detendrían pa' encontrar las respuestas, así tuviera que preguntarle a los merititos muertos.

El muerto número uno

Bien, se preguntarán ustedes ¿cómo le hizo este condenado (es decir, yo, su servidor) pa' poder comunicarse con los muertos? Pues como la mayoría de la gente lo ha hecho a lo largo de los años y de la historia de la humanidad: a través de un médium; sí, uno de esos que pueden hablar con los espíritus de los difuntos. ¿O qué creían? ¿Que tengo superpoderes? Pa' nada, soy más normal y común que cualquiera, nomás que más terco y bien curioso.

Me costó dar con un médium serio y profesional; la mayoría andan vestidos como pa'l "Jalowin". Algunos, me parece, que hasta se sienten hijos de Drácula o Batman; por aquello de las capas, digo.

Se llamaba don Simón, creo que desde el principio confié en él por la coincidencia en el nombre. Quedamos en que haríamos las sesiones en "su humilde casa". No, no en la de él, en la de ustedes… Quiero decir que no en su casa de ustedes, no se me anden confundiendo, sino en la casa de ustedes que es… ¡que es mi casa, carambas, pero se las ofrezco a ustedes! ¿Qué? ¿Hablo chino o qué?… ¡Ay, esta manía de nosotros los mexicanos de andar ofreciendo la casa! Luego por eso andamos todos confundidos y ya no sabemos qué pertenece a quién. Como le pasó a mi vecino Gumercindo, que le dijo a su sobrino, quien había venido a la capital a estudiar la carrera: "Ande, m'ijo, puede usted quedarse en 'su casa'". Y el sobrino, tan ingrato, no solamente se quedó en su casa, sino que se quedó con la casa.

Dispénsenme de nuevo el "esabruto"… ¡Exabrupto! ¡O como se diga, pues!

"¡Ay, mamacita santa!", grité. ¡No saben el susto que me dio el condenado timbre! Por andar bien metido en mis pensamientos, se me había olvidado que estaba esperando a don Simón, y como no estaba acostumbrado a recibir visitas por la noche (bueno, ni por el día), pegué tremendo brinco. No crean, si eso de hablar con los muertitos sí me tenía nervioso.

Pero déjenme les cuento lo que pasó. A lo mejor ni me creen. De todas maneras, yo se los digo tal cual y ya ustedes sabrán. La cosa estuvo más o menos así:

—Soy Carlos Castaneda.

—¿Y ése quién es, tú? —le pregunté con mi cara de baboso al médium que estaba en trance.

—Soy un nagual, un chamán tolteca —contestó una voz que no era la de don Simón.

—¿Y eso con qué se come? —volví a preguntar, haciéndome el graciosito.

—No se come, simplemente se es —respondió la voz con serenidad.

—Sigo sin entender —respondí rascándome la cabeza y supongo que poniendo de nuevo mi cara de baboso.

—¿Qué nunca leíste *Las enseñanzas de Don Juan*? —respondió la voz, pero ahora en su tono se notaba que estaba perdiendo la paciencia.

—No, pus la mera verdad es que nunca fui bueno pa' la lectura. Eso de los libros nunca se me dio.

—¿Entonces para qué me llamaste?

—Yo no lo llamé.

—¿Cómo no? Si oí claramente que alguien me llamaba.

—Ah, bueno, debe haber sido don Simón.

—¿Don Simón?

—Sí, el médium.

—Ah, vaya.

—Sí, vaya.

—Bien, ya que estoy aquí, en algo podré ayudarte, ¿no?

—Eso sí.

—Te escucho.

Me quedé pensando un buen rato. Cuando vi que los dedos de don Simón empezaban a tamborilear sobre la mesa, reaccioné. Algo desesperado el tal Carlos Castaneda, ¿no?

—Disculpe, me quedé pensando en lo que quería preguntarle. Pero una cosa me llevó a otra y me acordé de que no le puse el candado al portón del taller.

—Vaya… así que te falta concentración. Ya veo.

—¿Y qué más ve? —pregunté como pa' calarlo.

—Que te falta conectarte con tu ser interior.

—¿Mi ser interior?…

—Así es… el que te llevará a expandir la conciencia.

—¡Híjole!… 'Ora sí menos le entendí. Oiga, ¿pero eso me ayudaría a encontrar la felicidad?… ¡Ah, ésa era la pregunta que le quería hacer!

—Me lo imaginé. Todos los seres humanos se preguntan lo mismo.

—¡Pero a que ninguno se lo ha preguntado a usted ahora que está muerto!

—Ah, mira, si nada más tienes la cara… No, pues solamente tú.

—¿Entonces?

—Mira, te diré lo que significa para mí la felicidad, aunque debo advertirte que lo que significa para mí quizá no sea lo mismo para ti.

—No importa, ya estamos aquí. De todas maneras quiero saber, pus pa' eso contraté al médium. Oiga, pero antes, dígame, ¿qué se siente estar muerto?

—Yo no estoy muerto; únicamente mi cuerpo lo está.

—¡Ah, caray! Ésa sí que no me la esperaba.

—Bueno, ¿quieres que te cuente o no?

—Sí, sí, claro. Disculpe usted, don Carlos Castañeda.

—Castaneda.

—Ah, perdón, pensé que había escuchado mal o se había comido la "ñ".

—¡Ay, Simeón, Simeoncito!

—Nomás Simeón, si me hace usted el favor.

Don Carlos me contó unas historias muy deschavetadas, yo creo que todas nacidas de tanto peyote y hongos alucinógenos que comió en vida; sin embargo, me gustó mucho escucharlo, aunque, la verdad, le entendí la mitad.

—Tu problema, como el de todos, es que no quieres darte cuenta de que estás en un cuerpo que tarde o temprano morirá.

—Gulp —clamó mi garganta desde lo más hondo. La piel se me puso de gallina cuando don Carlos me confirmó que yo moriría.

—Todos caminan por la vida actuando como si no fueran a morir nunca. No saben lo liberador que es comprender que sí, que un día el cuerpo morirá, pero el espíritu, lo que verdaderamente somos, vivirá para siempre.

—¿A poco? —pregunté, entre desconfiado y confundido.

—Sí, así es, mi estimado Simeón —me dijo, con un tono que sentí como de cariño—. El día en que vivas cada instante sintiéndolo como si fuera el único, en plenitud, como lo más importante, entonces todos tus problemas se desvanecerán, porque estarás concentrado y conectado sólo con ese momento. El pasado y el futuro no serán ya motivo de dolor o frustración; la paz y el gozo surgirán en ti como por arte de magia.

—¿A poco? ¿Así de fácil? —esta vez sí pregunté sin creer ni gota de lo que me decía.

—¡¿Te parece fácil?! —me contestó bruscamente, enojado, y continuó—. ¡Tú, que al menor descuido ya estás pensando en quién sabe qué cosas, inmerso en el pasado! ¡Tú, que apenas alcanzas a entender la mitad de lo que te he dicho! ¡Tú, que vives creyéndote víctima de todo y de todos! ¡Tú, que te atreves a salir a la calle con ese nombre tan feo!

Y así siguió don Carlos un rato, regañándome, burlándose de mí. Me tenía realmente molesto y desconcertado; había pasado de un estado de santa paz a uno de mucho coraje. Pero, entonces, que me envalentono y que le digo:

—Ya estuvo bueno, ¿no? No le permito más insultos, y menos en mi propia casa. ¡Recuerde que es usted mi invitado!

—Vaya, ahora sí estás concentrado, ¿no? —contestó con la misma voz serena con la que había hablado antes.

Me dejó mudo.

Él tampoco habló.

Después de un rato, noté que don Simón se empezaba a mover en la silla con inquietud, pero seguía sin abrir los ojos.

—Don Carlos, ¿sigue ahí?…

—Sí, aquí sigo, Simeón —me contestó con su voz serena, esa a la que le estaba empezando a agarrar estima.

—Don Carlos, sólo pa' confirmar que he entendido lo que me ha dicho. Usted dice que si acepto la idea de que un día mi cuerpo morirá, ¿entonces seré libre y feliz?

—Sí, así es. ¿Entiendes por qué?

—Sí, creo que sí. Porque lo que soy en verdad no es este cuerpo viejo y enfermo, sino un espíritu sano que vivirá eternamente.

—Exacto, ahora sí ya nos estamos entendiendo, mi querido Simeón.

—Bueno, de cierta forma es algo que siempre supe. Yo antes era un hombre de fe, pero poco a poco la fui perdiendo. Empecé a tener dudas; sin embargo, había una vocecita dentro de mí que me decía que continuara la búsqueda, a pesar de que no tenía ni idea de lo que tenía que buscar. Desde hace rato que empecé a pensar en todo esto, en mi vida, en cómo la he vivido, en mi mala suerte, en todo lo que he fallado, en todo lo que he hecho o no, pa' estar ahora viejo y solo, triste y cansado. Agradezco tener este carácter, verme en el espejo y poder burlarme de mis dolencias, a veces hasta tomar mi situación a chiste, sobre todo cuando estoy con alguien; pero cuando volteo, me veo caminando despacio y escucho cada una de las quejas de mi cuerpo, sé y siento que cada dolor de mi cuerpo es un grito desesperado de mi alma. ¿Cree que me estoy volviendo loco, don Carlos?

—Creo que te estás volviendo más cuerdo que nunca, Simeón.

Justo don Carlos iba a decir algo más, cuando don Simón abrió los ojos bruscamente, metiéndome un susto de aquéllos; los peló tan grandes como si hubiera visto un muerto. También los cerró con brusquedad.

—Ya me tengo que ir —repitió la voz que no era la de don Simón —, pero antes de hacerlo quiero decirte una cosa más. Piensa mucho

lo que te voy a decir, Simeón, sobre todo, recuérdalo y, más allá de eso, siéntelo: "En el universo hay una fuerza inmensurable e indescriptible que quienes viven de la fuente la llaman 'la intención', y absolutamente todo lo que existe en el cosmos entero está enlazado 'al intento' por un vínculo".

"Óóórale", pensé, y me quedé ido por un buen rato.

Aquello fue lo último que escuché decir a la voz. Y, a pesar de que no comprendí ni la mitad de lo que dijo (la mera verdad), algo en mi interior empezó a moverse. No, no fueron mis tripas, fue una especie de "júbilo brincón". ¿Sería eso que don Carlos llamaba el "ser interior"? ¿Sería posible que mi ser interior me estuviera llamando?…

Así estaba yo, rumiando mis pensamientos como vaca en el campo, cuando en eso don Simón se paró. Sin decirme nada, se dirigió derechito hasta la cocina. Como si supiera dónde estaba todo, sacó un vaso y se sirvió agua de una jarra que tenía en una mesita. ¡Se tomó como ocho vasos! No es que sea fijado, nunca he sido tacaño, pero no es normal que un hombre se beba de un sentón el agua de todo un día. Bueno, supuse que se habría deshidratado de tanto hablar.

Después, como si nada, regresó a mí. Ya con sus ojos normales y una voz medio rasposa, que no se parecía en nada a la de don Carlos, me preguntó:

—Y, dime, ¿descubriste alguna pista para conseguir la felicidad?

—Sí, creo que sí… creo que entendí que estoy enlazado a Dios… o al Universo, pero pa' mí que es Dios, por medio de un vínculo, y… "Vínculo", qué chistosa palabra, me recuerda a vehículo, que es igual a coche, y a mí me encantan los coches, o los autos, o carros, como prefiera usted llamarles. ¿Sí le conté que soy mecánico y que tengo un taller? Por cierto, acabo de recordar que no le puse el candado al portón, pero no importa porque ahí están El Santo y Blue Demon. No, no vaya a pensar que los luchadores, así se llaman mis perros.

Don Simón empezó a verme con una cara de "éste no tiene remedio" cuando seguí contándole de mi taller, de aquel primer coche que yo mismo me hice, de su tocayo don Simón, de cómo me maltrataba mi padre… hasta que después de un rato de estarle echando mi rollo, descubrí en su rostro un gesto de desaprobación. Recordé los insultos de don Carlos; una vez más, me distraía con cosas que no tenían importancia y me desconectaba del momento que estaba viviendo.

Bueno, las mañas no se pueden desaparecer de un momento a otro, ¿verdad? ¿O sí?…

El otro lado de la vida

Aquel día, don Simón llegó mucho más temprano de lo acordado. Yo aún estaba terminando de arreglar un coche, así que andaba todo mugroso.

—¿Qué pasó, don Simón? ¿Se le hizo temprano? —le pregunté sorprendido y como echándole burla.

—Es que parece que ya se corrió la voz —me contestó mortificado, y me entregó un cuaderno. Lo abrí y me encontré un montón de páginas escritas sin ton ni son, con una letra que no se podía ni leer.

—¿Qué es esto? —le pregunté.

—Escritura automática —me contestó. Se quedó un momento callado, como buscando las palabras pa' explicarme, y después agregó —: Anda, Simeón, mejor termina pronto lo que estás haciendo y ve a bañarte, que lo que contaré lo tienes que escuchar sentado.

Muy limpiecito, oliendo a Palmolive, y sentado en mi mullido sillón de la sala, escuché con atención, casi sin parpadear, lo que don Simón me decía.

—Sé que te va a costar creer lo que te digo, pero de verdad, por ésta —hizo la señal de la cruz con sus flacuchentos dedos—, que no te echo mentiras. Nunca me había pasado algo así; había escuchado hablar de la escritura automática, pero yo nunca la practiqué. Como te dije en el taller, se corrió la voz… Creo que los muertitos tienen un sistema de comunicación muy efectivo. Así que anoche un tropel fue a visitarme a mi casa. Parece que don Carlos Castaneda tuvo a bien informar a medio mundo que un hombre vivo, es decir, tú, anda preguntando a los del más allá sobre cómo vivir en el más acá. Y mira el relajo que se armó; ahora resulta que todos tienen una respuesta, todos quieren hablar.

Don Simón dio un trago a su vaso de agua y ahí aproveché pa' preguntarle sobre el cuaderno.

—Lo que pasó fue que me agarraron desprevenido. Déjame decirte que, por más muertitos que estén, también son una bola de impacientes; ninguno quería esperar su turno, y se me echaron encima. La verdad no recuerdo nada. Cuando recobré la conciencia, ya al amanecer, tenía este cuaderno junto a mí, con todos estos escritos. Son sus mensajes.

No entendí muy bien, así que le pedí a don Simón que me

explicara.

—La escritura automática es la que haces sin pensar, simplemente escribiendo todo lo que se te viene a la mente, lo que llega de tu interior, sin poner filtros ni trabas. Hay teorías que dicen que es una manera de llevar al exterior el inconsciente; hay otras que aseguran que es la manera que tienen los espíritus de comunicarse con los vivos. Yo creo que son las dos. Y ayer estos muertitos "vieron vivo y se les antojó el viaje".

—¡Ah, qué don Simón! Usted también tiene lo suyo —le dije, porque me hizo gracia su comentario; como que ya empezábamos a tenernos más confianza.

De todas las frases que vimos, sobre todo de las que alcanzamos a leer, porque algunas parecían estar escritas en chino; o quizá no parecían, sino que sí estaban escritas en chino. Pues es que los muertos chinos también quieren expresarse, digo yo. Hubo una en particular que nos llamó la atención. Decía: "La muerte es el otro lado de la vida". Y debajo de ella había una firma. Nos costó muchísimo descifrarla, pero pudimos ver que se trataba de un mago, o una maga, eso no nos quedó claro. Es que decía "Sara mago". Toda la tarde nos estuvimos preguntando si el susodicho mago se llamaba Sara, pero si era así, ¿por qué no había escrito "Sara la maga" o algo parecido?… Porque por más que le dimos de vueltas a la hoja, p'arriba, p'abajo, pa' un lado y pa'l otro, la "o" de mago era una "o", y háganle como puedan.

Así estuvo el misterio del mago Sara, hasta que un día, de pura chiripa, me encontré con algo que aclararía todas mis dudas. Me acababa de llegar un auto al taller con un choque en la defensa delantera. El golpe había sido tal que hasta el aire acondicionado se había fregado. Me metí al coche pa' revisar la salida del aire, cuando de repente se abrió la guantera. Pensé que también se había dañado por el golpe pero, cuando intenté cerrarla, vi algo dentro que me llamó la atención pues era de color amarillo chillante. Era un libro. Lo tomé porque la portada se veía muy llamativa, y no me van a creer, ¿a que no adivinan cómo se llamaba el escritor del libro? ¡Saramago! José Saramago. Me sorprendí muchísimo, y luego solté la carcajadota por mi ignorancia. Claro, como les dije antes, yo nunca fui bueno pa' los libros, así que en mi vida no había leído ni uno. Menos iba a saber de nombres de escritores.

Me lo llevé a mi casa. No, no me lo robé, seré medio ignorante, pero no ladrón; digamos que lo tomé prestado. El coche iba a pasar un buen tiempo en el taller, ya saben, en lo que llegaban las piezas (que siempre tienen a bien tardarse, aunque se trate de piezas de coches más corrientes que comunes). Me lo leí todito. ¡Ah, cómo me hizo reír! Era bueno ese Saramago. Se trataba de un rey que le regalaba a otro

rey un elefante, y de la travesía del animalote cruzando Europa pa' llegar a su destino. Porque, claro, en ese tiempo no había coches ni aviones, así que sólo quedaba de una sopa: andar a pata, o caminar, pa' ser más propios. Aunque, pensándolo bien, el elefante sí andaba a pata, ¿qué no?

Avisé a don Simón de mi hallazgo, y creo que no lo tomó con tan buen humor como yo. Me parece que se sintió ofendido por su ignorancia. Pero yo le dije:

—¿Acaso, don Simón, teníamos la obligación de saber quién era este señor? Uno va aprendiendo según el lugar en el que se mueve. Yo me muevo entre coches, usted entre muertos, ¿pus qué esperaba?

—Tienes razón —me contestó, un poco más animado—. Tendremos que movernos un poco más allá —terminó diciendo.

"La muerte es el otro lado de la vida." Me repetía la frase una y otra vez, tratando de averiguar qué fregados quería decir don Saramago con eso. Algo en mi interior me indicaba que aquello tenía sentido. ¿Sería mi ser interior, tal como don Carlos Castaneda decía? Pero mi mente nomás se negaba a entender. Así que me puse a investigar sobre su vida. Yo, que nunca había andado entre libros, ahora estaba bien metido. Encontré que la lectura se me daba mucho y que me hacía pasar unos ratos bien agradables, ¡y además aprendía! Si me viera mi mamacita… Al conocer a Saramago empecé a conocer a otros escritores, otras historias, tan reemocionantes todas; pero lo más importante fue que, a pesar de que no pude entender el mensaje, hallé que yo también tenía otro lado. Entonces comencé a descubrir el otro lado de mí mismo; por ahí segurito me llegarían las primeras respuestas.

Rarus

No sé cómo le hacen. Los muertos se enteran de todo, hasta de mi dirección. Semanas después del encuentro con el "mago Sara", me llegó una carta muy extraña. Venía en un sobre floreado y oliendo a perfume, no traía remitente, pero venía dirigida a Simeón, es decir, a mí.

Me emocioné imaginando que la carta podría ser de una admiradora, luego pensé que a esas alturas no había ni quién me echara un lazo; me entró un poco de añoranza al recordar aquellos tiempos en que los lazos me los echaban de a montón. En fin, así pasa cuando uno se pone viejo.

Volviendo a lo de la carta, clarito se notaba que era de una mujer, ¿pero de quién?; me preguntaba y me rascaba la cabeza. Mi madre ya había muerto y mis hermanas no eran de cartitas; ellas a veces se acordaban de mí y me llamaban por teléfono. Así que no tenía la menor idea de quién podría ser. Y después de leerla me quedé igual, porque en la última hoja sólo aparecían sus iniciales: ML.

No les voy a contar más, mejor léanla ustedes mismos y juzguen como les parezca. A mí me dejó pensando mucho.

Querido Simeón:

No me conoces, ni me has conocido. Supe de ti, porque ahora todos hablan de ti: eres el tema del momento entre todos nosotros. Por eso te escribo, porque quiero compartir contigo las experiencias de mis no vidas y de la única vida que viví, ya que me fui pronto, a los treinta y siete años, apenas unos meses atrás. Espero que lo que voy a contar te ayude a encontrar tus propias respuestas. Yo encontré las mías; tú puedes lograrlo también, solamente tienes que poner un poco de atención. Desde hace mucho que ya las conoces, están ahí, pero no las ves… no las quieres ver. Abre tus ojos, abre tu corazón.

Cuando nací, no supe a ciencia cierta por qué lo hacía. Fue en abril del 74 cuando decidí que ya era tiempo.

Deambulaba por la calle Gorki en Moscú, admirando los escaparates de las galerías de arte, cuando de pronto algo me llamó la atención, me

estremecí. Era una enorme pintura cubista de gran colorido, en la que se podía apreciar, a pesar de la deformación por medio de cubos que caracteriza a este estilo, un grupo de ballet listo para entrar al escenario. Una emoción me recorrió. ¡Eso era! Por fin había encontrado mi vocación: sería bailarina.

Por varios días recorrí los hospitales moscovitas en busca del momento perfecto y de la mujer indicada, pero ésta parecía no llegar. Después de varias semanas de búsqueda, cuando pasaba por la Plaza Teatralnaya, descubrí el famoso Teatro Bolshói. En Moscú toda la gente hablaba de él y, desde tiempo atrás, no sé ni cómo, ya sabía de su fama. Entré sintiendo que los latidos de mi corazón se apoderaban de mi ser. Ahí estaba, era hermosa. Ejecutaba con maestría y pasión un solo en un ensayo de El lago de los cisnes. *Su piel era blanca y su cabello negro, los labios rojos y su cuerpo sumamente delgado; sin embargo, en su vientre empezaba a sobresalir una pequeña protuberancia. En ese momento, detuvo su baile de súbito, dejando que la música siguiera, y con gran emoción en su voz exclamó: "¡La sentí, Iván, la sentí! ¡Ven, sube, me está dando pataditas!". Sí, era yo, avisando de mi llegada.*

Iván y Ekaterina: él, director del ballet; ella, prima ballerina. *Serían los padres perfectos.*

Pasaron los meses. Mi madre tuvo que dejar los ensayos, pero le gustaba "llevarme" al teatro. Pensaba que así, cuando naciera, ya estaría muy familiarizada con la vida que me esperaba. Disfruté tanto de la música de Tchaikovsky, de los bailarines, del teatro, de mi madre tan dulce… Acariciaba su barriga y yo sentía cosquillitas que me hacían moverme. Entonces, emocionada, buscaba la mano de mi padre y se la ponía encima. Y él acercaba su rostro y con su voz ronca, pero cariñosa, me llamaba: "Masha, mi pequeña Masha".

Una mañana todo cambió. Ekaterina observaba el ensayo final del cuerpo de baile de los pequeños cisnes, cuando de pronto sintió como si una lanza le atravesara el vientre (lo sé porque leí su pensamiento). Su grito de dolor apagó la música. En un momento, me vi flotando por el techo del teatro. Hice incalculables esfuerzos por aferrarme a ella, pero me fue imposible: un gran charco de sangre me lo impidió. Quise acercarme para abrazarla, pero una fuerza poderosa me jaló hacia arriba. En un santiamén desaparecí del Bolshói y de Rusia, e Iván y Ekaterina desaparecieron para mí.

Los árboles mudaron sus hojas incontables veces. Regresé.

Estaba decidida a intentarlo de nuevo. Caminé, volé, recorrí los más hermosos paisajes, hasta que mi alma se sintió con vida nuevamente. Llegué a Ámsterdam y ahí me topé con Los girasoles, *con* Los lirios *y* La noche estrellada. *Mi vista se llenó de colores y el ánimo se me puso amarillo, rojo, violeta y azul. Ahí quise quedarme.*

Los elegí porque me gustaron los colores de sus paletas y las palabras sabias de sus bocas. Se querían mucho. No eran precisamente jóvenes. Eran primerizos, así que me recibirían con alegría y cariño. Me enseñarían a mezclar los colores y a plasmar la sensibilidad en el lienzo. También me enseñarían a hablar un idioma rarísimo, así que, para equilibrar la situación me enseñarían el lenguaje del arte. Estaba decidido: sería pintora.

Una mañana fría, mi madre descansaba recostada en su sillón favorito, acariciando su vientre de seis meses. Yo contemplaba la escena, absorta y feliz. Empezó a nevar; desvié por un momento la mirada sobre mi madre para ver la nieve caer, cuando un grito adelantó la tormenta. Mi madre corrió al baño al sentir un fuerte deseo de orinar, pero en vez de eso, un riachuelo de sangre bajó de entre sus piernas y se convirtió en lago.

Una vez más, mi intento fracasó: no pude nacer. No sería una pintora holandesa. Nunca brincaría entre Los lirios *y los tulipanes.*

La fuerza poderosa me llevó de nuevo arriba. Permanecí en silencio, sintiendo únicamente el espacio, el vacío que está lleno. Dormí.

Regresé una vez más.

Mi recorrido para huir del dolor me llevó esta vez aún más lejos. Llegué a la Ciudad Sagrada del Tíbet: Lhasa. Mi alma tardó mucho tiempo en reponerse de la pérdida holandesa. En mi lento caminar, buscando consuelo, oí decir que el mejor lugar en el mundo para reparar el alma se encontraba en el Tíbet.

No llegué en el mejor momento: la Revolución Cultural había iniciado. En la ciudad sagrada encontré guerra y destrucción; Buda no estaba más ahí.

La guardia roja maoísta había intensificado la persecución antirreligiosa, destruyendo miles de monasterios y monumentos budistas. Todo indicaba que los chinos no cesarían en su intención de apoderarse del Tíbet; de recobrar, según ellos, lo que les pertenecía.

Con el alma desolada emprendí el camino de regreso. Estaba visto que nacer era una empresa difícil de realizar, por lo menos para mí.

Aquella noche, tratando de hallar un lugar para descansar antes de volver a partir, encontré escondido a un monje en las ruinas de un templo. Se veía asustado, y en su regazo descansaba una perrita. Él acariciaba su lacia melena, que semejaba cascadas de cajeta, vainilla y miel. Sus ojos saltones y su nariz chata me causaron gracia, pero fue su barriguita abultada lo que me hizo sentir la ternura que había perdido en Moscú. Ella se veía feliz al sentir los cariños del monje, y él, aunque temeroso por la situación, encontraba consuelo en aquella perrita a punto de parir. Durante una madrugada, dos hombres llegaron a buscar al monje para ayudarlo a escapar, pero éste se negó a irse con ellos porque le prohibieron llevar a la perrita consigo. Entonces comprendí que aquél no era un simple animal, por lo menos no para él. Su raza, cuyo origen se remonta a muchos siglos

atrás, era considerada sagrada. Los Lhasa Apso habían sido especialmente criados por los lamas, quienes creían que en estos pequeños perros se encontraban las reencarnaciones de los propios lamas; además, eran considerados mensajeros de fortuna y paz.

Aunque yo estaba muy lejos de ser un lama, sentí un deseo enorme de convertirme en un ser tan noble y puro. Las posibilidades eran muy altas, seguro cinco o seis cachorros nacerían de aquella perrita. Sin meditarlo mucho, decidí unirme al monje en su travesía.

A pesar de las circunstancias, el monje le proporcionaba cuidados y cariño a la perrita, a sabiendas de que su huida hacia la India se complicaba más. Salir de Lhasa parecía imposible. Miles de soldados chinos cubrían las calles. Sin embargo, las oraciones del monje fueron escuchadas porque, de alguna manera, consiguió unirse a una caravana de pastores. Ellos le proporcionaron la indumentaria adecuada, ya que con su llamativa ropa no lograría cruzar vivo ni un kilómetro; tenía que pasar inadvertido.

Entre yaks y cabras de pelo largo, salimos muy temprano una mañana. El paisaje me impresionó: entre la devastada ciudad se asomaban imponentes las montañas color sepia, mientras el cielo azul eléctrico nos arropaba del frío. Mi espíritu se alegró. Se llenó de esperanza, inhaló un pedacito de sepia y otro de azul y los guardó para siempre en el fondo de sus pupilas.

El camino al destierro se mostró inclemente. Cruzar la cordillera del Himalaya con dirección hacia la India no resultaba una idea sencilla de llevar a cabo. El frío intenso y congelante detuvo los pasos de más de uno. El hambre se llevó a otros tantos y el miedo se apoderó de todos los que quedamos. Los miles de kilómetros de territorio por cruzar se convertían a cada paso en un imposible. Algunos, cegados por ese miedo y por la incertidumbre, prefirieron volver. El monje y la perrita caminaban firmes, con un coraje nunca visto, decididos a no claudicar. Así lo hicieron. Sin embargo, no fue suficiente. El monje empezó a notar que el vientre de la perrita había dejado de crecer y no se movía, ya no escuchaba el latido de los futuros cachorros; sabía que algo andaba muy mal. Yo sólo podía observar su cara de angustia cuando trataba de encontrar comida para alimentarla, sin conseguirlo. La llevaba en brazos casi todo el tiempo para mantenerla caliente, a pesar del esfuerzo que esto le exigía. Sus brazos cada día estaban más débiles: la falta de alimento y de descanso también lo habían afectado. Pero ni su amor ni sus cuidados pudieron abatir lo que tenía que ser. La perrita murió calladita y pegadita a su pecho. De alguna manera, su instinto materno le hizo darse cuenta de que en su vientre no tenía más vida, entonces dejó de luchar.

El monje, entre rezos y con una tristeza tan infinita como aquel desolado camino, prosiguió. Vacía y gris, caminé a su lado. Dejamos el Tíbet. Dejé mi ilusión por nacer.

Junto a él recorrí cientos de lugares. Algunos exóticos, otros miserables. Lo seguí como su fiel compañera lo hubiera hecho. Conocí la compasión a través de sus actos. Conocí la sabiduría a través de sus palabras. Me olvidé de nacer.

Y así fue como llegué a México. No convertida en bailarina rusa, ni en pintora holandesa, ni mucho menos como perrita tibetana. Llegué porque no pude separarme del monje y porque ya no me importaba nacer.

Cuando nací, no supe a ciencia cierta por qué lo hacía. Fue en abril del 74 cuando decidí que ya era tiempo.

Algo encontré en ellos que me devolvió la ilusión por nacer. Tal vez porque eran muy jóvenes, inexpertos y con muchas ganas de vivir. Habían dejado sus hogares muy cerca de la Tierra del Fuego, para perseguir en México el sueño de salvar vidas. Solos se encontraron en la ciudad más poblada del mundo. Solos se encontraron cuando supieron que un ser pequeñito vendría: jóvenes estudiantes de medicina queriéndose comer el mundo, cuando el mundo empezaba a comérselos a ellos de a poquito.

Me conmovieron sus ganas, sus almas, sus pasados. Me gustaron sus sabores criollos: sabor a Sudamérica con sal. Me gustaron sus ritmos, mezcla de dolencia, cadencia y audacia en las caderas. Me gustó su valentía. Me gustó la Tierra Azteca.

Estuve a punto de no nacer. Pero esta vez me aferré con fuerza, no me daría por vencida. Nacería.

Mi madre, tan delgadita y delicada, no me aguantó los nueve meses y a los seis con tres semanas me expulsó. Mi padre me recibió entre sus brazos. La osa de peluche tuvo que donarme su vestido, ya que yo era muy pequeñita y la ropa de recién nacido me quedaba enorme. Mi mamá les quitó los vestidos a sus muñecas y me los enfundó. ¿Sería por ese detalle que siempre me llamó "Muñeca"?

Lo había logrado. Por fin había conseguido nacer. No obstante, al hacerlo olvidé mi pasado; olvidé el sufrimiento, pero también lo aprendido.

Mis padres me criaron consentida. Se quitaron el pan de la boca para dármelo. Nunca supe cómo le hicieron pero me dieron la mejor educación. Me inculcaron el amor a la lectura. Conocí el realismo mágico a través de las historias de mi padre, mucho antes de que Gabo o Isabel aparecieran en mi vida. Conocí la fantasía, y volví a recorrer el mundo con los increíbles cuentos que mi madre inventaba cada noche para mí.

Empecé a ser una niña mexicana común. Me gustaban las caricaturas, igual que a todas las niñas. Me gustaban los columpios, igual que a todas las niñas. Me gustaba comer tamarindos y chilitos, igual que a todas las niñas. Me gustaba el ballet, igual que a… casi todas las niñas. Me gustaban los cuentos rusos, igual que a… algunas niñas. Me gustaba la

Historia, leer las enciclopedias que había en casa y conversar con los adultos, igual que a… Creo que ahí comencé a descubrir que yo no era tan igual a todas las niñas. Era una niña, sin embargo, en algún rincón de mi alma se encontraban escondidas aquellas vivencias vividas sin vivir, que de una u otra manera presionaban para que yo las recordara.

Nacer prematura me hizo tener una salud deficiente. Por mi cuerpo desfilaron un montón de enfermedades que mis padres traían a casa cada noche, cuando regresaban del hospital y que mi cuerpo no sabía cómo espantar. Pero a falta de buena salud, me llené de sensibilidad; hasta el día de hoy no estoy segura si eso es un defecto o una virtud.

Empecé a descubrir lo que puede nacer de esta sensibilidad cuando uno se dedica a explorarla. Y me fascinó. Y me embrujó. La danza, la literatura, la pintura, eran parte de mí como inquietudes de un ser que está descubriendo el mundo. Sin embargo, yo ya conocía el mundo. Claro, esto no lo supe hasta muchísimos años después, cuando en mi lecho de muerte vinieron a buscarme aquéllos a quienes rondé mucho antes de mi nacimiento.

Una tarde calurosa, mis padres me tomaron de la mano y me llevaron a un lugar inhóspito en el norte del país. Atrás quedó mi infancia, con las zapatillas de ballet colgadas en la pared. Ahí empezó mi adolescencia, entre un calor húmedo de 40 ºC a la sombra y vientos que llevaban y traían tierra por todos lados.

Las diferencias que encontré en mi infancia al compararme con las otras niñas se acrecentaron. Conocí el rechazo. Me rebelé a mí misma. Me impuse rigurosos castigos: ser "normal" como los demás; aspirar a los mismos ideales que el resto de la gente; darle más valor a lo material que a lo realmente importante; creer que la vida es sólo ésta y que el mundo es sólo éste. Ser dura, ser fuerte; ser sensible no sirve.

Crecer no fue fácil. Aceptar, mucho menos. Pero un maravilloso día desperté y, aunque no recordé, lo intuí; entonces comprendí por qué yo era como era. Supe por qué a pesar de mis esfuerzos por cambiar nunca lo conseguí. Yo era así desde antes de nacer. Por eso elegí estos padres y este país para nacer. Porque aquí aprendí todo lo que me faltó. Aprendí la dureza que se necesita para ser sensible. La firmeza que se necesita para ser uno mismo. La imaginación que se necesita para crear mundos mágicos, mundos nuevos. Aprendí la fortaleza que se necesita para vivir.

Y yo me preguntaba: Am I rarus?, *lo decía en inglés porque en ese momento pensaba en ese idioma; además, porque en alguna ocasión alguien me llamó* weird, *o sea*, "*rara*". *El latín* (rarus) *no sé de dónde me surgió, quizá de algunas de mis vivencias del pasado. Y me volvía a preguntar, una y otra vez:* Am I rarus? *O lo que es lo mismo: "¿Soy*

rara?”. Y me contestaba: “tal vez… tal vez sí, tal vez no”. A lo mejor habrá personas a las que les parezca raro querer arriesgarlo todo con tal de encontrar el camino; querer entregarlo todo con tal de no quedarse con el corazón vacío: lo único que mantienes lleno mientras más das es el corazón; es curioso, ¿no te parece? Quizá les parezca extraño querer buscar más allá, para no quedarse en el mismo lugar. Quizá ser “normal” sea lo raro y lo normal sea ser “raro”.

Después de mi viaje por la vida, querido Simeón, entiendo hoy muchas cosas. Vivir fue un viaje maravilloso, lleno de aprendizaje, de enseñanza, de aventuras, de amor. Pero tuve que aprender a vivir, y cuando lo hice empecé a disfrutar. Tuve una vida corta, sí, pero plena cuando dejé de resistirme a todo cambio. Empecé a reconocer tiempos y lugares, y no sé en qué momento de mi existencia me encontré con esos pedacitos escondidos de sepia y azul en el fondo de mis pupilas que, aún sin saber cómo llegaron ahí, me hicieron recobrar la confianza de que volvemos al mismo lugar de donde venimos. Lo único que tenemos que hacer, mientras vivimos, es ser felices.

¿El final de esta historia? No te lo contaré. Únicamente te diré que, en el lugar desde donde te escribo, soy sólo una “rara” más entre los miles de “raros” que caminan por aquí.

Y dime, Simeón, are you rarus?

ML

El mudo

El mudo no dijo nada.

Tocó la puerta, le abrí, agachó la cabeza en señal de saludo y lo invité a pasar. Se sentó frente a mí y no dejó de mirarme ni un solo momento con sus tremendos ojotes negros. No sé cómo le hizo, pus nunca movió los labios, ni las manos, pero le entendí todito. El mensaje fue claro: “Deja de andar preguntándonos a los del más allá sobre el más acá; vive y tendrás todas tus respuestas”.

Un ruido en la cocina me hizo desviar mi mirada. Cuando regresé la vista al lugar donde estaba sentado, se había esfumado.

Fue la primera vez que sentí miedo. No miedo por el fantasma, a ésos ya me estaba acostumbrando; sentí miedo de perder el tiempo, de haber malgastado toda mi vida quejándome, buscando culpables, sintiendo miedo del miedo… ¿Y si mi tiempo estaba por acabarse?

Dejé de pensar. Salí corriendo de mi casa, un mundo me esperaba allá afuera, y dejaría que me sorprendiera. Quizás el muerto había sido yo.

Sin título

—¿Qué haces, Simeón?

—Nada.

—¿Estás seguro?

—Vivo.

—Muy bien. Entonces dime, ¿qué es lo único que tienes?

—Este momento.

Y de pronto desperté.

No pude verle la cara, sólo escuché su voz; era igualita a la mía. Me asusté un poco, porque no era yo.

Vi un paisaje bien bonito: un lago de aguas claras rodeado por unas montañas enormes, verdes, por el montón de árboles que había ahí. Yo miraba ese lugar, asombrado, porque nunca antes había estado en un sitio como ése; podía hasta oler el aroma de las flores y escuchar clarito el canto de los pájaros. Les juro que hasta casi casi podía adivinar lo que se decían. De pronto escuché la voz y ahí mismito me desperté. Abrí los ojos, estaba en mi cama de siempre, con las mismas cosas de siempre, pero algo había cambiado. Me paré y fui a verme al espejo; mis ojos brillaban y empecé a llorar de la emoción. Me sentí más feliz que en toda mi vida.

Ahí estaba, a las seis de la mañana, todo modorro, disfrutando del amanecer. Lo había visto muchas veces, pero ese día se me figuraba que era la primera. Fue hermoso mirar cómo la luz va borrando la oscuridad y el cielo se llena de colores; morados, naranjas y rojos pasan por encima de nuestras cabezas y nosotros no tenemos que hacer nada pa' que esto ocurra, simplemente estar ahí y ver. Después sale el sol, y con él nacen millones de ilusiones, los ríos corren y los mares bailan y los animales hacen las cosas que hacen los animales y las nubes son nubes y el viento sopla y el sol llega a lo más alto, y después, lentamente, se esconde detrás de las montañas, pero se despide dejando su luz pa' que no nos olvidemos de que, aunque salga la luna y brillen las estrellas, él vendrá de nuevo mañana y el ciclo de la vida continuará. Y nosotros no tenemos que hacer nada. Nomás mirar.

¿No es maravilloso?… No sé por qué no me había dado cuenta.

Estaba dormido… pero estoy despertando. Creo que hay demasiada poesía en la vida, pero estamos tercos en no querer verla. Es más, con sólo escuchar la palabra "poesía" nos entran ñáñaras y empezamos a bostezar, como si la maravilla de la naturaleza fuera una lección aburrida.

No puedo estar seguro de que la voz que escuché en mi sueño fuera la de un muerto; qué más da… Era la explicación que necesitaba pa' entender lo que me pasó días atrás, después de haber recibido la carta misteriosa y la visita del mudo.

Salí corriendo de mi casa, con mucho miedo por haber desperdiciado mi vida entre quejas y lamentos, habiéndome creído víctima de un desdichado nombre y de haber sido hijo de un mal padre. Ni mi nombre ni mi padre tenían la culpa de la vida que yo tenía, yo era el merito responsable.

Corrí hasta que me paré frente a una puerta grande, muy grande, entré por ella y descubrí una nueva vida, una vida diferente.

Nunca había estado en un museo, jamás me había pasado por la cabeza la idea de ir a uno. Se me figuraba que eran lugares aburridos, a donde sólo iba la gente preparada: ese tipo de personas que leen muchos libros, que han ido a la universidad y que hablan en otros idiomas; nunca pensé que un simple mecánico como yo pudiera tener entrada a ese mundo, porque era como eso, como otro mundo.

No tenía idea de lo que me estaba perdiendo. Sí, es verdad que mucho de lo que vi quedó fuera de mi comprensión pero, a pesar de mis pocos conocimientos, pude distinguir formas y colores que jamás imaginé que existieran. En ese museo había cuadros enormes y hasta paredes altísimas pintadas con tal realismo, que nomás de acordarme me lleno de emoción. Algunos de esos cuadros contaban historias de México, de la Independencia y de la Revolución; lo supe porque así lo decía en los títulos, no se crean que porque lo adiviné o lo sabía. Era increíble: la historia de un país pintada en una pared. Todos los rostros que ahí aparecían se me figuraban conocidos: eran los rostros de la pobreza, de la injusticia, del dolor, de la soledad, del hambre, de la guerra, de la lucha, de la muerte, de la victoria, del júbilo… Me pareció que todos esos rostros eran el mío. El único rostro con el que no me identifiqué fue con el de la huesuda, que estaba escondida en una esquina; sí, ahí estaba la flaca, la parca, acechando. Pero yo estaba muy vivo, y no le daría el gusto de venir por mí, por lo menos no pronto.

Seguí caminando, perdiéndome entre todas aquellas historias, trazos, rayas, manchones, y descubrí que todo aquello no era tan diferente de mí; no me pregunten cómo, no tengo las palabras pa' explicárselos, además no sé nada de arte, pero yo sentía que cada obra

podía contar mi propia historia.

Si no han ido a un museo se los recomiendo mucho, verán lo que les digo, podrán verse reflejados en aquellas pinturas, esculturas o fotografías. No, no estoy loco (bueno, un poco). No me crean si no quieren, pero a las pruebas me remito.

Como les decía, encontré que cada cuadro podría haber sido mi propia vida, ¿y saben por qué? Porque a fin de cuentas, ricos o pobres, gordos o flacos, mujeres u hombres, todos somos iguales. Sentimos tristeza, alegría, ira, frustración, ternura, soledad, miedo… Y todititos, sin distinción, vamos al baño; o por lo menos eso entendí con la obra de un tal francés de apellido francés, pero como no sé francés no les puedo decir cómo se llamaba. Fue la obra más loca, tonta, pero quizá la que más me llegó. Un mingitorio (así se llaman, ¿no?), un orinal pues, pa' que me entiendan, puesto al revés; es decir, de cabeza. ¿A quién se le ocurre que tal barbaridad puede ser una obra de arte? No entendí nada, "voltié" pa' todos lados tratando de encontrar a alguien que me ayudara, pero la sala estaba vacía, nomás el guardia me miraba con cara de "a mí ni me preguntes, yo sólo cuido aquí". Chequé el título: *La fuente*, y quedé más confundido. Fue hasta media hora después, cuando tuve ganas de orinar, que me cayó el veinte; mi veinte, claro. Ahí estaba yo, haciendo lo mío, descansando el cuerpo (porque, ah, cómo se descansa, ¿a poco, no?), cuando entendí. Entonces me sentí contento, porque supe que aquel artista también me estaba hablando a mí; o, mejor dicho, estaba hablando también de mí.

Después de aquel descanso seguí mi recorrido. Esta vez entré a una sala donde solamente había paisajes. Me gustaron mucho; había unos rechulos. La vida en el campo siempre me llamó la atención, aunque muy pocas veces fui. Una sonrisota me cubría el rostro al ver aquello; la podía sentir porque se me partían los labios, pero aquellas pinturas campestres me daban mucha paz, así que seguía sonriendo. De pronto, cuando estaba por salir del salón, encontré en una esquina un cuadro pequeñito. Casi me voy de espaldas al ver la imagen: era el lago de aguas claras y rodeado de verdes montañas que había soñado. Me dio un escalofrío: en la pintura había un hombre en medio del paisaje mirando hacia el lago, se encontraba de espaldas, o sea que no se le podía ver la cara. Me pareció que era yo mismo. Me acerqué pa' leer el nombre del cuadro: Sin título. "¡Me lleva la que me trajo!", grité pa' mis adentros; hubiera querido tener alguna explicación, una pista. Ni nombre del autor, ni nombre del cuadro. No era justo. En eso estaba cuando el guardia se me acercó:

—Ya va a ser hora de cerrar, señor —me dijo.

—¡¿Qué?! —exclamé sorprendido—. Pero si acabo de llegar —reclamé.

—No, señor, disculpe, pero tiene cerca de ocho horas aquí, me lo acaba de decir mi compañero, el guardia de la entrada, y ya vamos a cerrar.

—Está bien, gracias, ya salgo —contesté, tratando de ser lo más cortés y amable que pude.

¡Ocho horas! No podía creerlo: había pasado una jornada completa de trabajo metido en un museo y ni cuenta me había dado. Ni siquiera había comido, y eso que a mí no se me pasa ni una sola comida: una hora antes ya estoy mire y mire el reloj esperando la hora de comer. Eso tenía que significar algo. ¿Sería mi destino ser artista?… No lo sabía; tal vez nomás había aprendido a admirar el arte, y eso ya era mucho.

Empezó a caer una lluvia muy ligera, de esas que no se deciden por ser una u otra cosa y terminan siendo apenas una briznita molestona-ensucia-coches. Pero sirvió pa' refrescar un poco y humedecer la tierra. ¡Me encanta el olor a tierra mojada! Me recuerda a mi mamacita cuando regaba sus macetas. Hice mi camino de vuelta a casa bajo esa briznita y miles de recuerdos; recuerdos felices, por primera vez en mucho tiempo.

Aquella noche la voz apareció:

—¿Qué haces, Simeón?

—Nada —contesté.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—Vivo —dije.

—Muy bien. Entonces dime, ¿qué es lo único que tienes?

—Este momento —contesté, seguro de que era el mejor momento de mi vida, porque, efectivamente, era el único. Y comprendí, al despertarme, así nomás, de la nada, que toda mi vida había estado llena de momentos, de instantes que habrían podido convertirse en pinturas, porque toda mi vida era una obra de arte, y se titulaba "Simeón".

La historia

Esa tarde, casi pa' anochecer, empezó a nortear; los vientos fríos se dejaron caer sobre el calorón que aún se sentía en pleno octubre. El Santo y Blue Demon no paraban de ladrarle al aire, mientras yo hacía mil intentos por apaciguarlos; nunca los había visto tan nerviosos, con las orejas gachas y las colas metidas entre las patas. "Ya estesen, pus si sólo es el viento", les decía. Pero ni se daban por enterados y continuaban con su ladrerío. Corrían a mi alrededor y brincaban, como si quisieran advertirme de algo o de alguien, pero por más que volteaba pa' todos lados, nomás no se veía a nadie.

Estábamos solos, y esos canijos que no paraban de ladrar; yo también me puse nervioso. "Seguramente un muerto anda por aquí", pensé. La carne se me puso de gallina (como otras veces) y sentí un frío que me caló hasta el tuétano; luego un fuerte dolor me atacó en las coyunturas. Los dolores, que se me habían apaciguado en los últimos meses, regresaron así nomás, de pronto y con mucha fuerza. Si no hubiera sido por eso, quizás el miedo no hubiera aparecido. Ya me había acostumbrado a las apariciones, a escuchar voces y sentir presencias, pero esto era diferente.

Con esfuerzo, llegué a mi casa; todo el camino escuché los ladridos de mis perros. Me dio pena dejarlos solos en el taller, pero el malestar aumentaba cada vez más. Por un momento pensé que iba a morirme. Me tiré en el sillón, traté de respirar hondo, pero me era imposible mantener la calma. El corazón se me aceleró, podía escucharlo como los golpes de un tambor lejano. Me sobaba las muñecas, las rodillas, los tobillos, el ardor era insoportable, y el frío, el méndigo frío que se metía por mis huesos, soplaba helado dentro de mí pa' congelarme la sangre. De repente, comencé a chillar, de dolor, de miedo, de angustia. No entendía por qué me pasaba eso, jamás había tenido una crisis como aquélla, y menos en los últimos meses en que parecía que la felicidad y yo empezábamos a emparentar.

Tocaron a la puerta. Me sentí aliviado: alguien vendría a echarme una mano, por lo menos no moriría solo. Fue un sacrificio llegar hasta ella, únicamente para descubrir, al abrirla, que algún bromista había salido corriendo apenas tocó. Allá afuera no había nadie, solamente ese viento helado que pa' pronto me cortó la cara con esa ráfaga que entró sin avisar.

Cerré la puerta. Las lágrimas, que habían parado, salieron de

nuevo. Me caí, y ahí, en el piso, seguí chillando hasta que me quedé dormido.

No sé qué sucedió, porque a la mañana siguiente amanecí acostado en el sofá con una manta gruesa encima. Las coyunturas me dolían menos. Estaba tratando de quitarme la modorra y de recordar lo ocurrido, cuando un olor a café recién hecho terminó por despertarme.

Como si me hubieran puesto un resorte en el trasero, me levanté. Jalé la manta, me envolví en ella, y me dirigí a la cocina con cierto resquemor. Abrí la puerta muy despacio, con temor de encontrarme con un fantasma. Efectivamente, ahí estaba, sentado en la mesa de la cocina tomando café. Eso sí no pude aguantarlo y di el azotón.

—Espero que haya amanecido mejor, m'ijo —pronunció mi padre cuando volví en mí.

—Peppee baa, peppp —no salió nada claro de mi ronco pecho. Estaba realmente asustado y confundido, pero sobre todo, pasmado.

—Tranquilo, m'ijo, tranquilo, no le haré daño. Vengo en son de paz —pronunció con una voz que no parecía la suya. Estaba seguro de que era él, pero parecía otra persona; otro muerto, quiero decir. Algo iba a mencionarle, cuando me interrumpió.

—He venido porque necesito que sepa algo. Necesito que me escuche, m'ijo.

Mientras decía esto, se paró a servirme una taza de café. La dejó sobre la mesa, frente a mí, y me dio una palmada suave en la espalda. Guardó silencio un momento, respiró fuerte y luego continuó:

—Necesito pedirle perdón.

No lo podía creer. Mi única contestación fue un silencio. Había tanto resentimiento en mi corazón, tanto odio, tanta confusión… Ese hombre había muerto pa' mí hacía tanto tiempo, desde antes de que muriera de verdad. Pero el coraje que sentía hacia él estaba siempre presente; aunque a veces ya ni lo notara, mis coyunturas se encargaban de recordármelo.

En ese momento me di cuenta de cuánto lo había necesitado, de cuánto lo había querido y odiado. ¿Perdonarlo?… No podía entender siquiera el significado de esa grandísima palabra. Pero lo dejé hablar.

—Cuando yo nací, m'ijo, mi madre murió. Más bien, la mataron. Y a las pocas horas, colgaron de un árbol a mi padre. Era una época muy turbulenta, posterior a la Revolución. Habrás escuchado hablar de la Guerra de los Cristeros… Pues bien, los cristeros mataron a mis padres, tus abuelos —y continuó:

—Sí, lo sé, por supuesto que no sabías nada de esto, pus si nunca te lo conté, y tu pobre madre tenía prohibido decirles algo. Pero déjame continuar porque éste es sólo el principio de la historia. Mi

padre fue un cura… sí, un cura, y ya no me interrumpa, m'ijo. Como decía, mi padre fue un cura muy querido de allá de la zona de Guanajuato, de un pueblito muy cercano al Cerro del Cubilete. Dicen que era un hombre muy piadoso y compasivo, pero cometió el tremendísimo error de enamorarse de mi madre, que era una joven virginal, ignorante del mundo y sus pasiones, de la carne y del pecado. Tuvieron la desgracia de encontrarse en el peor momento de la historia. Ella con sólo dieciséis años y él, cura católico, de treinta y tantos. Mi padre la conoció desde niña, si hasta fue quien ofició la misa de su primera comunión; la vio crecer. Imagínate tú si no la conocía, ¡si la confesaba cada domingo antes de la misa! Pero pus cuando se convirtió en mujer, la cosa cambió. Algo en su interior le hacía verla de manera distinta, de una manera en la que nunca había mirado a ninguna mujer. Sufrió mucho. Por su parte, ella también sufría, porque desde chamaca andaba toda volada por él, ya que dicen que, además de piadoso, el padrecito estaba de muy buen ver. El caso es que, por más que se aguantaron las ganas, valieron comino las sotanas y las chaperonas, y una tarde consumaron su amor.

Respiró hondo, echó el aire por las narices y continuó:

—Pa' su desgracia, con esa sola tarde bastó pa' que salieran con su "domingo siete". Eso fue cuando todo el borlote de los cristeros se agravó. No sé si sabrás, pero la cosa se puso muy brava con la Iglesia en ese entonces. El gobierno había prohibido el culto religioso, y el pueblo y el clero se encorajinaron de tal manera que se alzaron en armas; defenderían con la vida su fe en Dios y en la Virgencita de Guadalupe. Y al grito de "¡Viva Cristo Rey!" se dieron de catorrazos con medio mundo. Fue una terrible matazón. Más de doscientas mil almas perecieron en los campos en menos de dos años. En nombre de Dios corrió hartísima sangre. ¿Puedes tú creerlo?…

La vista se le perdió quién sabe en dónde, pero siguió narrando:

—Habráse visto… Mi padre estaba dispuesto a colgar los hábitos pa' casarse con mi madre y darle un hogar cristiano al niño que venía en camino, pero los sacerdotes de los pueblos cercanos lo estaban obligando a que se uniera a la lucha. Él se negó. Dentro de todo, hubo un momento de esperanza pa' mis señores padres: se estaba decretando una ley que obligaría a los sacerdotes a casarse pa' poder oficiar. Pero esto sólo enfureció más al pueblo católico y al clero; pa' ellos eso era como cometer sacrilegio, blasfemar contra Jesús y su Santa Iglesia. Así que la batalla se endureció. Pero, la verdad de las cosas es que desde entonces, como hasta ahora, ha existido una doble moral. Era bien sabido por todos que muchos de los curitas tenían queridas y hasta hijos regados por ahí. Nomás que todo se mantenía "en secreto". Ya sabes: "Ojos que no ven…".

Y como hay cosas que nomás no se pueden ocultar, la panza de mi

madre salió a relucir. Mis abuelos maternos pusieron el grito en el cielo cuando se enteraron. A mi abuelo le dio un infarto y se murió del enmuinamiento. Mi abuela no murió en ese rato, pero de la vergüenza se encerró en su casa y no volvió a salir nunca más.

No tuvieron más remedio que huir.

Mi padre se quedó en silencio un momento, daba sorbos a su café, que seguramente ya estaba frío, y parecía como si en verdad le pesara todo aquello. Vi en su rostro un destello de… no sé… ¿compasión? Algo que nunca le había visto. Estaba pálido; digo, la muerte no le sienta bien a nadie, pero no lucía mal. De hecho se veía mucho mejor que cuando estaba vivo, seguro era porque ya no bebía. Mientras lo miraba, callando mis muchas preguntas, me daba cuenta de que aquel hombre no era para nada el mismo que me había criado (o mal-criado). La dureza de su rostro había desaparecido, la rabia de sus ojos, siempre irritados por el alcohol y el odio, tampoco estaba más. Su voz era muy distinta, sonaba un poco hueca (así suenan las voces de ultratumba, ¿qué no?), pero tranquila, suave… hasta sentía que me hablaba con cariño.

—Disculpe, m'ijo, no puedo evitar que se me estruje el corazón cuando pienso en todo eso. Mi vida hubiera sido muy diferente si no hubieran matado a mis padres. La vida de muchos de nosotros hubiera sido muy distinta sin esa carnicería humana. No vaya a creer que yo fui el único huérfano, otros tuvieron suerte porque fueron acogidos por parientes o personas amorosas. Mi caso fue muy distinto. Pero me estoy adelantando, aún no aparezco en la escena. Mi padre rechazó una y otra vez la "invitación" de unirse a la Cristiada. No sólo por estar mi madre embarazada, sino porque era un hombre pacífico; creía que la violencia solamente traía más violencia. Se negaba a matar hombres; aunque fueran hombres que renegaran de Dios, no se mancharía las manos de sangre. Huir fue un acto muy riesgoso. Mi padre, el padre de aquel pueblo, los había defraudado. ¿Cómo era posible que un hombre de Dios, un hombre santo, un hombre enviado por Dios pa' servir a sus siervos, hubiera sido capaz de un acto tan diabólico?… Los del pueblo, ignorantes muertos de hambre, dieron por hecho que a mi padre se le había metido el demonio, y mi madre, dominada por el pecado de la lujuria, lo había seducido. Los aborrecieron. Pero, a pesar de eso, algún alma caritativa, de las que nunca faltan en los peores momentos, los ayudó a escapar. En ese tiempo, los cristeros construyeron túneles debajo de sus casas y de los templos, pa' poder ir de un sitio al otro, pa' esconderse y hasta pa' celebrar misas. Gracias a esos túneles pudieron huir sin ser vistos y

llegar hasta el cerro. Yo tenía dos años cuando la Cristiada terminó; algunos de esos túneles aún siguen en pie.

Tomó aire pa' proseguir:

—Así lograron sobrevivir un par de semanas, apenas con unas cuantas tortillas y un poco de agua. Muertos de hambre y de miedo, se consolaban pensando en el futuro, en la familia que formarían. Se irían a la ciudad más grande del país, la capital, y ahí se perderían entre la multitud, ocultarían su pasado y comenzarían una nueva vida… Se abrazaban para darse calor con sus cuerpos apretados pa' poder pasar las noches. Pero sus sueños quedarían sólo en eso, en sueños, porque cuando mi madre empezó con los dolores de parto una mañana, el pánico empezó a sacar a trompadas las tonterías de sueños e ilusiones; mi madre, tan jovencita e inocente, no tenía idea de la que se le venía, nomás sabía que un horrible dolor le carcomía el vientre. Entre gritos, llantos, sangre, lodo y pánico, llegué al mundo. Todo parecía haber salido bien, cuando mi padre se dio cuenta de que mi madre no dejaba de sangrar. "Se va a morir si no hago algo", pensó. Y con todo el dolor de su alma tuvo que dejarla pa' buscar ayuda. Sabía que se arriesgaba, pero tenía que hacer lo imposible pa' salvar a la mujer que amaba y al hijo de ese amor. Con las ropas todas ensangrentadas, se encaminó al pueblo. No bien había salido de su guarida, se topó con unos cristeros que iban a caballo. Supo que eran cristeros por el estandarte de la Virgen de Guadalupe que llevaban. Eran tres hombres mal encarados, sucios, con carabinas colgando de la espalda. Sintió miedo, sabía que lo andaban buscando por traidor, y eso sólo se pagaba de una manera: con la muerte. No tenía más opciones; llegar hasta algún pueblo a pedir ayuda le tomaría mucho tiempo, pero ellos traían caballos, trasladar a su mujer y a su hijo sería más fácil así. Les salió al encuentro. Quiso hacerse pasar por alguien más pero, pa' su mala suerte, uno de los cristeros había sido su monaguillo, así que lo reconoció al instante. Les imploró que tuvieran compasión de él, que por piedad le tendieran una mano pa' salvar la vida de la mujer que acababa de parir a su hijo, y que después hicieran lo que quisieran con él. Le tomaron la palabra. Fueron hasta el lugar en donde nos encontrábamos mi madre moribunda y yo, lleno de sangre seca y placenta, muerto de frío y de hambre, pero con vida.

Con los ojos llenos de ira, continuó:

—Esos cochinos embusteros, usando a Dios de pretexto, no hicieron nada pa' ayudarla. Se burlaron en su cara de su desdicha, la insultaron, se complacieron en verla "pagar el pecado de su lujuria". Mi padre lloraba e imploraba al cielo que tuvieran compasión; como respuesta recibió los azotes de sus fustas. Y yo, tirado en una manta sucia, mirando sin saber, chupando todo aquel dolor. La dejaron que se muriera, sola "como una perra", según sus propias palabras. Me

agarraron a mí y a mi padre lo ataron con una cuerda al cuaco, sólo pa' que, unos metros más adelante, usaran esa misma cuerda pa' colgarlo de un pirul. "Tenemos órdenes de entregarte muerto, por traidor", dijeron; pero pa' mí que le agarraron tal gusto a la sangre y al olor a muerto, que nomás lo hicieron por diversión. Vaya uno a saber. Ahí lo mataron, frente a mis ojos que apenas si veían. Luego me entregaron a un sacerdote. Le dijeron que habían "terminado" con los pecadores, pero que no habían sido capaces de terminar con "el pecado". No era de cristianos matar niños; por lo menos no adrede… ¡Mejor me hubieran matado los muy *jijos*…!

Echó un suspiro y reanudó el relato:

—Aquel sacerdote me crió. Era un hombre de alma y pensamientos tan oscuros como su mismísima sotana, se ensañó conmigo como si en verdad yo, el fruto prohibido de aquel par de lujuriosos, llevara la semilla del diablo por dentro. Me llamó Inocencio, pa' que mi nombre contrarrestara en algo la marca de mi nacimiento. Pero él, cuando estábamos solos, lo usaba pa' ufanarse. "¿Te das cuenta, Chencho, de lo afortunado que eres?… Vives gratuitamente en la casa de Dios, comes el pan que se hace en esta santa casa, vives lejos de las tentaciones, ¿quién más te podría cuidar como yo? ¿Cómo podrías honrar mejor tu nombre, 'Inocencio', que entre estas santísimas paredes, que únicamente escuchan la palabra del Creador?" Yo era muy chamaquito pa' entender lo que aquellas palabras querían decir, pero sí entendía muy bien el dolor de los azotes que me propinaba a cada rato. "Si quieres ser santo, tienes que sufrir. Es por tu bien", me decía el muy cabrón… Con su perdón, m'ijo. "Eres un hijo de la perdición, tienes que lavar los pecados de tus padres", repetía, y me azotaba una y otra vez. Se regocijaba hablando mal de ellos, decía que la muerte que habían recibido por haber ofendido a Dios de semejante manera había sido benévola. "¡En otros tiempos los hubieran quemado vivos!", decía esto y le saltaban chispas por los ojos. Pa' ser un hombre de Dios, se parecía mucho al demonio… ¿Sabe cómo ese sacerdote se logró salvar de morir fusilado durante la persecución religiosa? Porque no sé si estará enterado, pero durante la Guerra Cristera los federales mataron a un montón de curas. Pues ya ve, bien dicen por ahí que "hierba mala nunca muere". Pero, como dije, nunca falta un alma caritativa que aparezca en los peores momentos: el padre Bonifacio apareció pa' hacerme la vida un poco menos dura cuando tenía como diez años. Él supo de los malos tratos que me daba aquel sacerdote; por cierto, creo que no he mencionado su nombre. No crea, aunque ya nada de eso me afecta, como que no me dan muchas ganas de mentarlo… Se llamaba Pedro de Jesús, un nombre totalmente santo y cristiano, como él me decía, pa' abrir más la llaga de aquel nombre, el mío, que sólo de escucharlo me avergonzaba. El padre Bonifacio fue

muy bueno conmigo: gracias a él pude comer decentemente de vez en cuando, y tener algún momento de paz y quietud; siempre y cuando el padre Pedro no anduviera tras mío pa' que limpiara aquí o allá; pa' que le lustrara los botines y le ayudara a vestirse. El padre Pedro me trataba como a su sirviente, no me dejaba ir a la escuela como a los otros niños. "Tú no eres como los otros niños. Tú tienes grandes cuentas que pagarle al Señor", me repetía cada vez que le insinuaba mis deseos de aprender. Yo no sabía si quería o no aprender, lo que quería era salir de ahí y jugar. "¡Lo que tú quieres hacer, seguramente, son cosas pecaminosas! ¡No saldrás nunca de aquí!", y se enojaba tanto y me pegaba tan duro que, en más de una ocasión, pensé que me mataría. Créame, m'ijo, muchas veces rogué pa' que así fuera.

Prosiguió:

—El padre Bonifacio venía de la capital, así que sabía muchas cosas. Me enseñó a leer y a escribir, a escondidas. También aprendí un poco de matemáticas y a reparar artefactos. Aquel hombre bonachón era retehabilidoso p'arreglar cualquier tipo de aparato que se descompusiera. Y creo que le copié esa habilidad; no es por nada pero yo fui muy bueno reparando coches. Claro, cuando no estaba borracho… Con el padre Bonifacio pasé buenos momentos, aunque muy pocos, porque el padre Pedro no me quitaba los ojos de encima. Así viví hasta los dieciséis años… Mire pues, la misma edad de su abuela cuando me tuvo… En un lugar "santo" y "cristiano", que era el mismísimo infierno. Mi cuerpo y mi espíritu eran puros, castos y santos, pero mi alma estaba llenita de odio y resentimiento. No sabe cuántas noches pasé en vela planeando cómo matar a aquel maldito hombre que hacía mi vida tan miserable; mas al llegar la mañana me arrepentía de mis pensamientos malsanos, me llenaba de vergüenza y yo mismo me castigaba. Ya había aprendido a flagelarme… M'ijo, sé que todo esto que le estoy contando puede parecerle una exageración, pero es la mera verdad. Ya quisiera yo estarle contando otra historia. Eso fue lo que me tocó vivir. ¿Recuerda que nunca nunca los llevé a la playa, ni nunca nunca me vieron sin camisa o en manga corta…?

Las cicatrices de su cuerpo eran tan profundas como las de su alma. No pude más que llorar por él. Por primera vez vi su espalda desnuda, su torso, su cuello, sus brazos, todos tapizados de cicatrices. ¿Sería posible tanta miseria en un mismo hombre?

Me acerqué a él y, por primera vez en mi vida, logré abrazarlo sin que me rechazara. Juntos chillamos como hombres que ya no saben cómo quitarse de encima tanto pesar. Nuestras lágrimas corrieron sin que ninguno pudiera detenerlas. No sé si me entiendan: éramos hombres, pero, pus éramos niños.

—Cuéntame sobre mi mamá —le dije cuando logré reponerme.

—¡Claro! A eso iba cuando comenzamos de "chilletas" —dijo, y se sorbió los mocos. Reímos.

—El día que conocí a tu madre fue el mejor día de mi vida. Todo empezó cuando el padre Pedro me envió con el padre Bonifacio a San Miguel de Allende a hacerle unos mandados. Casi ni podía ocultar mi júbilo; muy pocas veces me dejaba salir. Sabrá Dios qué mosco le picó, pero gracias a ese mosco la vida me cambió. Era la tercera vez que visitaba aquel majestuoso pueblo. Tenía una catedral retechula, grandota grandota con una plaza llena de árboles enfrente, a la que los parroquianos le llamaban El Jardín. Nomás de ver sus casas pintadas de rojos y amarillos se me llenaba de alegría el corazón, me hacía pensar que la vida ahí era muy distinta, la gente parecía gustosa.

Yo caminaba por las calles empedradas pelando los ojotes ante tanta hermosura.

—Te gusta San Miguel, ¿eh? —me dijo el padre Boni, como yo le llamaba de cariño cuando estábamos solos.

—¡Claro, padre Boni! Está retebonito este lugar.

—Imagínate cómo habrá estado en tiempos de la Colonia.

—Pues con Colonia o no, este pueblo sigue siendo rechulo —justo estaba pronunciando aquella palabra cuando la chamaca más rechula que hubieran visto mis ojos pasó por un lado mío. No había visto muchas en mi vida, pero estaba seguro de que aquélla era la más hermosa. El padre Boni notó mi cara de bobo.

—Chula la chamaca, ¿verdad?

Me puse colorado colorado.

—Deberías de hablarle. Ya estás en edad de tener amigas.

—¡¿Yooo?! Cómo cree, padre Boni.

—Sí, tú, pues ni modo que yo.

Me entró un no sé qué por dentro, que hasta se me revolvieron las tripas. Nomás de pensar en hablar con alguna muchacha empezaba a sudar del nervio. En mi vida había hablado con muy pocas mujeres, solamente con las marchantas del mercado y con alguna que otra beata de la iglesia. Pero el padre Boni insistió.

—De verdad, Inocencio, no es bueno que a tu edad no tengas amigos. Sé que tu vida no ha sido fácil al lado del padre Pedro de Jesús, pero ya estás cerca de convertirte en un hombre. Tal vez no está bien que te diga esto, pero tenemos que aprovechar la oportunidad. Si antes no pude hacer nada por ti, ahora es tiempo de hacerlo.

En ese momento presentí que algo grande estaba por ocurrir. El padre Boni había enseriado su regordeta cara.

—¿Qué es lo que me quiere decir, padre? —le pregunté.

—¿Sabes por qué el padre Pedro te dejó venir conmigo?

—No, pus no, ni idea. Yo nomás quería salir, así que no me importó saber sus razones.

—Me lo imaginé. De todas maneras te lo voy a decir. Que Dios nuestro Señor me perdone —se persignó y continuó—: le eché un montón de mentiras. Le dije que me eras imprescindible para ayudar con las cosas que compraríamos en el mercado. Que la última vez que había venido, el chamaco que nos había asistido nos había robado parte de la mercancía. Le dije que únicamente confiaba en ti. Pero, sobre todo, porque ya era tiempo de pensar en tu futuro. Tú sabes el miedo que el padre le tiene al infierno, por eso se castiga tan severamente, y lo hace contigo también, porque piensa que de esa manera Dios los perdonará por sus pecados. Yo no pienso igual, pero no soy quien lo juzgará. Sin embargo, estoy cansado de ver cómo te trata; antes no pude hacer nada, porque le tenía miedo. Cuando llegué era un muchachito recién salido del seminario, inocente. En más de una ocasión me amenazó con contarle al obispo mentiras espantosas sobre mí si yo abría la boca. Mi vocación es verdadera, no quería que me apartaran del camino del Señor por nada. Así que me callé e hice todo lo que estuvo en mis manos para hacerte la vida un poco menos dura. ¿Por qué crees que nunca me fui?

Los ojos se le pusieron llorosos. Iba a decirle algo, pero me pidió que no lo interrumpiera.

—Inocencio, hoy ha llegado el día en el que podrás ser libre. Es mi manera de pedirte perdón. De nada me hubiera servido pedírtelo si no hubiera hecho algo más que sólo pronunciar esas palabras. Le dije al padre Pedro que te presentaría con el sacerdote de la Parroquia, esa iglesia grande de picos que te gusta, para que vayamos viendo la forma de mandarte al seminario para que tomes el camino de la vida religiosa.

—Pero, padre Boni, ¡yo no quiero ser cura!… —grité, interrumpiéndolo.

—Cálmate, hijo, cálmate. Piensa, ¿de qué otra manera podía convencer al padre Pedro para que te dejara salir, no sólo hoy, sino para dejarte ir?… Lo convencí de que si él, tan piadoso como era, lograba convertirte a ti en otro soldado de Dios, seguro se ganaría el cielo. ¡Hubieras visto cómo se le iluminó el rostro!

—Sí, puedo imaginármelo. Pero es que yo no…

—Tranquilo, Inocencio, que aún no termino de hablar. Eso fue lo primero que se me ocurrió, tratando de buscarte un mejor futuro. Pero luego el Espíritu Santo me iluminó y, cuando vi los semejantes ojotes que pusiste delante de aquella muchacha, confirmé que tu vida como sacerdote sería otro infierno. Tú mereces ser libre, muchacho. Los tiempos de la esclavitud se terminaron. Así que el plan es éste,

escucha con atención.

No podía creer lo que mis orejas estaban escuchando. "¿Estaría soñando?", me preguntaba, y volteaba alrededor y veía a la gente pasar, a los niños jugar en la plaza, a las palomas que revoloteaban por todos lados, al globero con sus globos multicolores. Era verdad, todo aquello era verdad. Era posible que yo me convirtiera en un hombre libre.

—Mi primo Arnulfo vive en la capital, trabaja en una fábrica de coches.

—¿De coches? —pregunté, emocionado. Nunca me había subido a uno, nomás los había visto pasar.

—Sí, Inocencio, escuchaste bien, de coches. Él ya está un poco mayor y algo enfermo. Es viudo y nunca tuvo hijos. Solamente tiene una hija, más o menos de tu edad. Ya le hablé de ti. Le dije que eras muy trabajador y muy habilidoso con las manos, que seguro aprenderías con rapidez el oficio. Así que, hijo, mi primo Arnulfo te está esperando.

Sacó un envoltorio del bolsillo de su hábito y me lo dio.

—Inocencio, en todos estos años estuve ahorrando este dinero. No sabía bien para qué sería y esta mañana lo eché a mi bolsa sin saber a ciencia cierta por qué; seguramente fue obra del Espíritu Santo, pero yo estaba convencido de que iba a ser para algo muy bueno. Es tuyo. No es mucho, ya sabes que yo también soy pobre, pero te servirá para llegar a la capital, comprarte algo de ropa decente y tirar esos trapos que traes encima, mientras empiezas a ganar tu propio dinero.

—Padre Boni, no puedo creerlo. No sé cómo darle las gracias. Pero, ¿qué pasará con usted cuando el padre Pedro se entere? Me da miedo que le haga algo.

—No te preocupes por mí, hijo. Ya tomé mis precauciones, he pedido mi cambio de parroquia. Al padre Pedro le contaré que te escapaste o algo así. Nunca se enterará de lo ocurrido. Ya no le tengo miedo, ya no soy aquel muchachito cándido. Le sé demasiadas cosas como para que, a estas alturas, él pueda inventarme mentiras. Vete con cuidado, hijo, pero vete ya, antes de que oscurezca —dijo esto y me dio una carta y un papel con la dirección de su primo Arnulfo y algunas instrucciones pa' poder llegar a la capital. Nos dimos un abrazo largo, pero ninguno de los dos lloró; ya lo habíamos hecho por muchos años… Y así fue como llegué a la capital.

—Papá, pero, ¿y qué pasó con la muchacha esa rechula que vio pasar por El Jardín? —le pregunté, intrigado, porque pensé que ella era mi madre. "Papá", la palabra retumbaba en mi pensamiento, pero ya no era la palabra dura que había sido durante toda mi vida: empezaba a suavizarse.

—Ah, pus p'allá voy, m'ijo, no se me impaciente. Ande, déjeme reposar un poco la voz, ya ve que no la había usado en tantísimo tiempo. Regáleme un poco más de café. Oiga, ¿y no tendrá una concha o una chilindrina?

—Como le contaba, m'ijo, el día que conocí a su madre, fue el más bonito de mi vida. Llegué a la capital medio mareado por el camión; nunca había hecho un viaje tan largo. Pero la sorpresa de encontrarme en esa ciudad tan grandota y rebonita hizo que luego luego me pusiera bueno. Jamás en mi vida había tenido esa sensación de libertad; pa' que me entienda, no tenía ni idea de lo que era. Hasta me sentía raro, como perdido, pero eso sí, retecontento. El padre Bonifacio me había indicado con pelos y señales cómo llegar hasta la casa de su primo, así que, a pesar de lo bruto que era yo, pus llegué. Toqué a la puerta, y cuando la mismísima santa Inés la abrió, pensé que me había muerto y que en el cielo me recibía la más bella santa… ¡Ah, qué exagerado ni qué exagerado! ¿Pus qué nunca ha estado enamorado, m'ijo? Y ya deje de interrumpirme que no acabo… Era igualita al retrato de la santa que el padre Boni tenía en su habitación; nomás que en vez de llevar un chivito en brazos, ella llevaba un perrito todo peludo. Recuerdo que un día lo descubrí hablando con el retrato; se puso todo coloradote, como que le dio vergüenza. Pero yo le dije: "No se preocupe, padre Boni, yo también, de vez en cuando, hablo con los santos de la iglesia, pero pus creo que ni me hacen caso".

La mirada le brilló:

—Sí, m'ijo, como a una santa, así me pareció ver a su mamacita cuando me abrió la puerta. Era una chamaca rechula: sus ojitos cafés le brillaban rebonitos, igual que su pelo. Y tenía una sonrisa… ¡Ah, su sonrisa! Unos dientes perfectos. Su piel parecía tan suave; se me figuraba que era así de tersa como el manto de terciopelo de la Virgen, ese que el padre Pedro mandaba cambiar todos los años. Pero sobre todo, m'ijo, lo que verdaderamente me enamoró fue su forma de tratarme. Nadie en toda la vida me había tratado como ella. Me hablaba bonito, quedito, nunca gritaba; era modosita. Así fue desde que puse un pie en su casa. No sé, m'ijo, no sé cómo explicarle, es como si desde antes ella hubiera sabido de mis tristezas. ¡Ay, m'ijo! Espero que Dios un día me perdone por los malos tratos que le di… Don Arnulfo me recibió como a un hijo: él me enseñó todo acerca de los coches y también me consiguió trabajo en la fábrica; así que todos los días nos encaminábamos tempranito pa'l trabajo y regresábamos juntos en la tarde. Hasta que un día don Arnulfo no pudo levantarse más. Ya estaba muy cansado. Yo le dije que no se preocupara, que ahora yo vería por él y por su hija… Como le dije, m'ijo, yo era muy bueno con los coches, y la capital hizo que se me despertara la sesera.

Con todo lo que había aprendido en la fábrica, se me ocurrió que podíamos montar nuestro propio taller; primero algo sencillo, y ya con el tiempo lo haríamos crecer. A don Arnulfo le pareció muy buena idea; él tenía unos ahorritos, así que con eso empezamos. A él, aunque estaba malito, le gustaba darse sus vueltas por el taller, que estaba a dos cuadras de la casa, y nomás con saberse el dueño pus ya se sentía mejor. Yo creo que por eso aguantó más y tardó en estirar la pata. Fue muy triste cuando se murió, porque él había sido pa' mí como el padre que no tuve. Imagínate lo que sufrió tu mamacita. Por supuesto, me heredó el taller. Para ese entonces yo ya era su yerno y ya teníamos a Carmela, tu hermana mayor. Al año siguiente llegó Lupita. Yo era muy feliz, m'ijo, tenía a la mujer más buena de todo el mundo, tenía dos hijas rechulas y un trabajo honrado y próspero. No me faltaba nada.

—¿Y luego?…

—Pus no sé qué me pasó. Sabe… No es fácil espantarse el pasado, y dejé que el demonio se me metiera. No, no se espante m'ijo, es nomás una forma de decir que el alcohol puede llegar a ser el mismito diablo corriendo por las venas… Empecé con una o dos chelas con los cuates del taller, y sólo de vez en cuando al terminar la chamba, o los fines de semana en fiestas y reuniones. Ya sabes, lo común. Pero luego, en vez de dos fueron cuatro y cinco y seis y siete y diez, y luego el tequila, y que "la última y nos vamos", "la caminera", "a ver quién aguanta más", "¿eres macho o vieja?"… Se volvió incontrolable, y ahí mi vida se echó a perder. Pa' cuando tú naciste, m'ijo, yo ya era un borracho empedernido. El alcohol había traído de regreso todo el dolor del pasado, o quizá, más bien, por todo aquel sufrimiento que no lograba espantar comencé a beber. Mi vida se convirtió en un círculo vicioso, del que nomás pude escapar con la muerte.

Los ojos se le llenaron de agua:

—La primera vez que le puse la mano encima a tu madre me odié tanto, que me embrutecí más. Cuando desperté, después de dos días de estar bebiendo, me arrodillé junto a ella, le pedí mil perdones, le juré que jamás lo volvería a hacer, pero le fallé. ¡Ese maldito veneno se había metido en mi cuerpo y en mi mente! Se había convertido en mi sangre, ya no podía vivir sin él. Lo intentaba, m'ijo, le juro que lo intentaba, pero era más fuerte que yo. Me odiaba de una manera que no tiene usted idea. Quería corregir mis errores, ¡pero vaya a saber el diablo por qué no podía! Les pegué a ti y a tus hermanas, a tu madre; abandoné el taller, me abandoné yo mismo; y entre más lástima sentía por mí, más tomaba. Si piensa que la vida con el padre Pedro fue el infierno, le aseguro que esto fue peor… M'ijo, sé que usted no es tonto, y que se figura por qué le estoy contando toda esta historia. Sé que como los traté a usté y a sus hermanas, a su madre, no tiene

perdón de Dios, pero le pido que, por un momento, se ponga en mis zapatos y piense que yo fui el más ignorante de todos los hombres en la tierra: no sabía cómo amar, porque nadie me había enseñado a hacerlo. Lo eché a perder todo por mi incapacidad. No quiero justificar mis malas acciones por todo lo que viví, m'ijo, pero lo único que me queda ahora, lo único que puedo hacer es pedirle perdón desde lo más hondo de mi alma. Yo lo amaba, m'ijo; lo amo, pues. Nunca quise dañarlo… Perdóneme.

Me quedé callado un buen rato, tratando de entender. Veía los ojos suplicantes de mi padre, esperando mi respuesta, pero no me salían las palabras. ¿Cómo poder decirle todo lo que sentía? ¿Cómo poder cambiar la historia? ¿Quién era yo para juzgar a ese hombre?

Para ese momento, en que mi padre seguía con las manos juntas, apretadas, pidiendo perdón, con el corazón estrujado por la culpa y el remordimiento, llorando como escuincle perdido, yo hacía rato que lo había perdonado, pero no me era tan fácil decírselo… ¿Y todo el resentimiento que había guardado por años? ¿A poco se había esfumado así nomás? Me sentía raro. ¿Cómo deshacerme de mi orgullo y decirle que mientras él me contaba aquella triste historia una imagen empezó a aparecer en mi cabeza? Al principio la vi con dificultad, pero según su historia avanzaba, se me fue aclarando: ahí estaba yo, bien chamaquito, sonriente, calzándome sus zapatos; me quedaban muy grandes, pero yo caminaba feliz con ellos. Como soy un poco cabeza dura, me costó entender, pero de pronto lo supe, y mi orgullo se fue por la coladera: esos zapatos, ahora, me quedaban perfectamente.

Entonces, me salió la voz.

—Papá, ¡yo lo perdono, papá! —lo abracé lo más fuerte que pude y volví a llorar con él—. Pero usted también perdóneme por haberlo juzgado tan mal sin saber por todo el sufrimiento que había pasado, y por haberlo culpado de todas mis desgracias.

—No, m'ijo —se apartó un poco y me miró fijamente a los ojos—. Usted no tiene nada de qué pedirme perdón, ni yo tengo nada de qué perdonarlo. Yo entendí demasiado tarde que nada me daba derecho, ni el dolor más grande, a desquitarme con unos inocentes como lo eran ustedes.

—Pus sí, 'apá, pero…

—Nada de peros, m'ijo —y me volvió a abrazar.

Lloramos un rato más, así, abrazados; de alguna manera había que calmar las ausencias, los odios, tantos resentimientos acumulados.

Ya estaba oscuro cuando nos despertamos. El llanto nos había dejado

tan guangos que nos quedamos bien dormidos sobre la mesa.

—Ya va siendo hora de que me retire, m'ijo —dijo mi padre, rompiendo aquel silencio, y una parte de mí…

—¡No, papá, no! —grité, y sentí ese horrible nudo en la panza. Me sentí, de nuevo, un escuincle abandonado.

—Estese tranquilo, m'ijo, que nos volveremos a ver. Se lo aseguro. Ahora sólo déjeme contarle el final de la historia, porque si estaba creído de que esto ya se había acabado, pues le digo que no.

Tomamos un poco de agua y nos comimos otra concha; no sabía que los muertos podían comer, pero mi padre le entró con gran gusto. Recordamos las cosas bonitas que habíamos pasado juntos, porque, aunque fueron muy pocas, sí las hubo, nomás que yo las había olvidado, y después mi padre me preguntó:

—¿Sabes por qué te puse Simeón?

—Pus porque perdió una apuesta —le contesté con una mueca.

—Se equivoca, m'ijo, no sé de dónde se inventó esa historia de la apuesta. Le puse Simeón porque así se llamaba mi padre, su abuelo.

No supe qué decir. Tantos años aborreciendo mi nombre, sufriendo por él, y resultaba que había sido para honrar la memoria de mi abuelo.

—El padre Pedro de Jesús repetía constantemente ese nombre pa' burlarse de mí, y algo me contaba acerca de un tipo loco, un santo de la antigüedad que se llamaba así, pero ya no me acuerdo. Decía que únicamente alguien con ese nombre tan horrendo podía haber cometido esas aberraciones contra Dios. Pero te digo una cosa, m'ijo: por más que el padre me contaba cosas terribles de mi apá, nunca logró envenenarme del todo contra él. Vaya a saber si era "el llamado de la sangre" que dicen, porque en el fondo yo siempre lo quise. Sabía que ahí había una verdad oculta.

—¿Y cómo fue que…?

En ese momento, mi padre se levantó de la mesa.

—No he venido solo, m'ijo —dijo, y me encaminó a la sala.

Ahí estaban los dos, sentados muy juntitos tomados de la mano. Eran un par de jóvenes que parecían recién casados. Lucían sonrientes y felices… Sí, pus claro que estaban jóvenes, ¿no ven que la muerte se los llevó así?

Mi abuelo fue el primero en acercarse. Me abrazó y me dio un beso en la frente. Después, mi abuela, tan joven y bella, me tomó de las manos, besó cada una y finalizó con un cálido y suave abrazo. Como era chaparrita, recostó su cabeza en mi pecho; me sentí tan bien… Estaba sintiendo ese calor cuando de pronto apareció, de detrás de una puerta, mi madre.

—¿Mamá? ¡Mamacita! —ahí sí que se me doblaron las piernas. Entre mi padre y mi abuelo me detuvieron.

—¡M'ijito, mi Si! —gritó ella, y corrió a abrazarme, como tantas veces lo hizo cuando yo regresaba de la escuela y la abrazaba fuerte fuerte, sintiendo que en sus faldas con olor a epazote se hallaba el mejor refugio del mundo. Ahí nada podía pasarme, ahí todo era perfecto. Sus manos ásperas de tanto lavar eran para mí de purito algodón.

Mi madre, mi mamacita santa estaba otra vez conmigo. Mi padre y mis abuelos, ¿qué más podía yo pedir?…

Pasamos toda esa noche juntos, reímos y platicamos como la familia que nunca fuimos, pero sí como la familia que ya éramos. Mi abuela y mi madre prepararon tostadas de pollo, quesadillas de huitlacoche, y una salsa bien picosa que nos puso a todos colorados colorados. Tomamos agua de jamaica; me abstuve de invitar cervezas porque no quería darle tentaciones a mi 'apá.

En una sola noche convertimos todos los malos ayeres en un hoy resplandeciente. Les prometí que no chillaría; les prometí, como se lo prometí a mi madre un día y no le cumplí, que sería muy feliz, que mis lágrimas nomás serían de contento. Que lo que me quedara de vida lo disfrutaría al máximo, y que cuando me llegara la hora los esperaría tranquilo y satisfecho. Aquí fue cuando me empezó a caer el veinte de la fórmula de la felicidad.

No supe la hora en que se marcharon; en el aire flotaba un aroma a epazote. Afuera brillaba un sol gigante, pero había escarcha por todos lados: había helado durante la madrugada. Por primera vez en mi vida no tenía frío, no me dolía nada, un calorcito rico se me apretujaba en el cuerpo: como ese que se siente cuando abrazas por mucho tiempo a quien amas.

* * *

—¿Carmela?… Sí, soy yo, tu hermano. ¿Cómo que cuál hermano? ¡Pus Simeón! Oye, ¿qué vas a hacer el sábado?

El *brody*

Tenía arena por todos lados, hasta por mis sacrosantas partes, las cuales jamás se habían asomado a la luz del sol, y mucho menos habían tenido que ver con los metiches granos de arena. No, no es que estuviera en una playa nudista, no vayan ustedes a creer; he despertado de mi letargo, pero eso no quiere decir que me haya vuelto jipi. Fue el santo revolcón que me dio una tremenda ola del mar lo que me dejó como Dios me trajo al mundo: encueradito.

La ola se llevó mi traje de baño y mis vergüenzas, pero me devolvió la risa, la carcajada grande, sonora, esa que hacía miles de años no escuchaba.

No la vi venir. Estaba de espaldas a ella. Carmela y los demás me gritaban, me hacían señas con los brazos en alto, y yo, tan contento como estaba, alzaba igual los brazos y les decía: "¡Adiós! ¡Adiós! ¡A…!", y en eso ¡¡¡splaaasshhh!!!: "dios" se vio mochado por esa grandísima ola.

Todo sucedió tan rápido que no pude ni pensar, sólo intentaba como loco regresar a la superficie pa' poder respirar, porque me ahogaba, de verdad que me ahogaba. Pero en unos cuantos segundos ya estaba afuera, respirando como humano y tosiendo como perro. ¿Sí han visto cómo hacen los perros cuando tosen? Pus así, igualito. Sentí la brisa del mar en mi cara, y me dije que lo peor ya había pasado, cuando de pronto, sentí también esa brisa en "salvas sean las partes" y escuché las carcajadotas inconfundibles de la Carmela. No me había dado ni cuenta de que el traje de baño se había ido con la ola. Pa' pronto que me tapo las vergüenzas, muerto de la pena; pero cuando vi los rostros de la Carmela, de Lupita, de mis cuñados y sobrinos, todos con semejantes risotadas, yo también solté la carcajadota. Pero no vayan a creer que eran de ese tipo de risas malintencionadas, burlonas; no, eran risas francas, amistosas, compasivas y hasta relajadas, después del susto que les metí cuando creyeron por un segundo que me ahogaba.

Entre risa y risa, Lupita, bondadosa como siempre fue, corrió hasta mí con una toalla en una mano y dizque tapándose los ojos con la otra. Mientras, yo me veía a mí mismo en aquella "lamentable" situación y no podía parar de reír. Nomás imagínenme: a mis sesenta y tantos años, panzón, canoso, arrugado y medio pelón, encuerado a plena vista de todos, con las patas flacas metidas en el agua y las

gaviotas revoloteando sobre mi cabeza. ¿No es como pa' reírse por un buen rato?… Segurito que si eso me hubiera pasado antes, me habría encerrado en mi casa pa' siempre. No cabe duda de cuánto he cambiado.

Así empezó la visita a mi hermana. Después de los abrazos, de las presentaciones de los cuñados, de los sobrinos y los nietos, que ya eran un montón, Carmela pa' pronto que se organizó el guateque y todos, formados en fila india, marchando al un-dos-tres de mi hermana, que seguía siendo toda una generala, nos fuimos a pasar el día a la playa.

Cuando mi madre murió, Carmela estaba harta de esa vida en la capital, harta de esa vida de tristezas, así que agarró sus chivas y se subió al primer camión que encontró con destino a la playa. Así llegó a Mazatlán. Lupita, que no podía vivir sin su hermana, la siguió. Allí las dos se consiguieron unos bien bronceados y trabajadores maridos, que las llenaron de chamacos y les dieron una vida caliente y sabrosa. Se veían contentas. Carmela era toda una matrona, robusta y rosada; sus ojos negros, saltones, siempre se miraban de buen humor; sus brazos grandes y fuertes te abrazaban con toda la sinceridad que la caracterizaba. Lupita seguía siendo delgadita y delicada, suave y tierna, pero ya con unas arruguitas alrededor de sus ojos pizpiretos, que reflejaban una mirada serena, madura. Las veía y me preguntaba cómo era posible que ellas fueran tan felices, ¿qué no habían tenido el mismo padre que yo?, ¿no habían sufrido las golpizas, los insultos?… ¿Acaso alguna ola les había lavado el cerebro y habían logrado olvidar todo?…

En Mazatlán pasé la mejor semana de mi vida, no sé por qué no fui antes. Carmela me invitó muchas veces y yo siempre le respondía que no. "Tengo mucha chamba", "tengo muchos achaques, ¿no ves que estoy enfermo?", "la brisa del mar me puede dar un aire colado"… Y después yo creo que se cansó de mis negativas, así que dejó de invitarme. Y yo, pus claro, "mis hermanas ya se olvidaron de mí", "son unas ingratas", "mira que olvidarse de su hermano menor"… En fin, que pa' víctimas yo era el más sufrido.

Una de esas tardes, mientras construía castillos de arena con el nieto más pequeño de la Lupita, un chamaco precioso de tres años, igualito a su tío abuelo (o sea yo, su servilleta) cuando tenía su edad, no van a creer a quién me encontré pasando por ahí… ¡N'ombre, qué sirenas ni qué ocho cuartos! ¡A don Simón!… ¡Ándenle, sí! Ése mero, el médium. Pasó por enfrente de nuestras narices caminando de la mano de una niñita como de cinco años que llevaba puestos unos flotadores rosas en los brazos.

—¡Don Simón! —le grité, porque ni se dio por enterado de que el panzón sentado en la arena construyendo castillitos era yo.

—¿Simeón? —preguntó sorprendido al darse la vuelta y descubrirme ahí, en la playa.

—El mismo —le contesté, con una sonrisa de oreja a oreja.

Me levanté con dificultad y se apresuró a ayudarme.

—¿Qué andas haciendo por aquí, Simeón?

—Lo mismo le pregunto yo.

—Vine a visitar a mi hija. Mire, le presento a Mireya, mi nietecita —y la pequeña, que no soltaba por nada la mano de su abuelo, escondió su carita detrás del flotador rosa de su bracito.

—Qué chula niña —le dije, y le acaricié el pelo.

—Es un poco chiveada, pero ya se le pasará.

—No se preocupe, así son los niños, don Simón —dije esto con mucha seguridad, como si ciertamente yo estuviera muy enterado de cómo eran los escuincles—. Mire, éste es el nieto más pequeño de mi hermana Lupita y…

Nos quedamos un buen rato platicando acerca de nuestras familias, los dos ufanos y orgullosos, presumiéndolos como grandes trofeos, como si siempre hubiéramos estado ahí pa' ellos, como si nuestras vidas solitarias hubieran sido sólo un mal sueño.

La noche empezó a caer y las mamás de los niños llegaron por ellos. Carmela y Lupita se nos acercaron e invitaron gustosas a don Simón a cenar con nosotros. Mis cuñados encendieron una fogata, le subieron el volumen a la música y la luna salió pa' hacerla de farol. Era una noche preciosa.

Comimos pescado a las brasas, ostiones en su concha con pico de gallo y limoncito, tostadas de ceviche y camarones aguachiles. Bebimos agua de coco y brindamos con cerveza bien fría. Nos reímos tanto con las historias de Carmela y Julián, su marido; eran una pareja sensacional, cómplices hasta pa' contar sus anécdotas y chistes. Uno empezaba y el otro le seguía, terminaban atacados de la risa antes de que pudieran acabar de contar la historia, pero los demás ya nos reíamos, contagiados por su alegría. Si eso no es el Paraíso, entonces quién sabe qué será, pero pa' mí que se le acerca mucho.

A la medianoche, todos se empezaron a retirar. Nomás don Simón y yo deseábamos seguir ahí, no queríamos que la noche se acabara nunca.

—¿Sabes? —me dijo don Simón en un tono más serio cuando nos encontramos solos.

—Dígame, don Simón.

—Estoy muy agradecido contigo.

—¡Ah, caray! ¿Y eso? —le pregunté muy sorprendido, no esperaba que alguien pudiera estar agradecido conmigo.

—Me ayudaste a abrir los ojos, a despertar, a vivir, a dejar de ser

un vivo medio muerto.

—¿Y yo cómo hice todo eso? —pregunté asombrado.

—Tus preguntas, tus reflexiones, tu afán de buscar respuestas, me ayudaron a ver mi propia vida. Como sabes, fui bendecido con un don, pero siempre lo vi como una maldición y lo usé sólo para poder vivir de él… Por dinero, para que me entiendas.

—Sí, lo entiendo, lo entiendo.

—Esto de andar siempre entre muertos es muy duro… Bueno, era. Los muertos que se me acercaban llegaban cargados de tanto dolor y tanta pena… de culpas y remordimientos… Yo nunca los vi como lo que son: seres que alguna vez tuvieron vida. Hasta que llegaste tú y buscaste en ellos, precisamente, la sabiduría que la misma muerte les dio, las respuestas sobre la vida… ¿Te acuerdas del cuaderno con la escritura automática?

—Sí, claro que me acuerdo, el del "mago Sara" —le dije, y eché una carcajadota. Los dos nos reímos, acordándonos de nuestra ignorancia, y esta vez don Simón se rió de buena gana.

—Bueno, pues no fue la única vez. Se me presentaron muchas veces más, pero contándome cosas acerca de mi vida. Yo no les había preguntado nada, era demasiado orgulloso como para hacerlo. Te veía a ti y pensaba: "Ay, pobre Simeón", y hasta, me vas a perdonar, pero te me hacías bien ridículo; no me daba cuenta de que el "pobrecito" era yo. Pero los muertitos bien que saben, así que me empezaron a mandar información. Primero dos que tres pistas, hasta que la curiosidad pudo más, y entonces sí entré en contacto con varios de ellos y me atreví a preguntar. Así supe que mi hija, a la que corrí de la casa cuando me enteré de que estaba embarazada, se había venido a vivir a Mazatlán.

Don Simón me contó toda su historia, que era parecida a la mía, por cierto. Después yo también le conté lo que me había pasado desde la última vez que lo vi. Lloramos y reímos, reímos y lloramos, y nos importó un cacahuate ser un par de viejos chilletas, al cabo nomás la luna, allá en el horizonte, era nuestra única testigo.

—¿Le muevo la panza por un peso?

A lo lejos escuché una voz con un acento costeño.

—¿Le muevo la panza por un peso? —repitió.

No, no estaba lejos, la voz con acento costeño estaba casi encima de nosotros.

—¿Qué…? ¿Qué? —pregunté todo adormilado.

—Que *ji* le muevo la panza por un peso —dijo de nuevo la voz, con una gran sonrisa.

Me incorporé. A un lado mío don Simón roncaba quedito. Aún estaba oscuro, pero ya se veía que pronto iba a clarear.

—¿Entonces qué me dice, mi amigo don Simeón? ¿Sí le muevo la panza por un peso?…

Voltié pa' todos lados, tratando de entender qué hacía ese hombre ahí, con esa playera a rayas que no le llegaba ni al ombligo, y cómo es que conocía mi nombre; pero la playa estaba vacía. Sacudí a don Simón.

—¿Qué… qué pasa? —despertó don Simón, con cara de topo lampareado, porque de repente aparecieron los primeros rayos de sol.

—¿Que *ji* le muevo la panza por un peso, mi amigo? —se me adelantó el *brody*.

—¡Ah, pero si eres tú, mi *brody*! ¡Qué alegría verte! —don Simón casi se paró de un salto pa' abrazar efusivamente al amigo.

—Simeón, déjame te presento al culpable de todas mis alegrías —y, dirigiéndose hacia mí, me presentó al *brody*—. Ya te había hablado de él, ¿recuerdas?… Fue quien me contó que la Soraya, mi hija, se había venido a vivir para acá cuando la eché de la casa. Por él supe que tenía una nietecita.

—¡Ah, por supuesto! Mi *brody*, pues por ahí hubieras empezado, pero tú dale con que si me movías la panza por un peso. Con razón te veía medio pálido, pero pus nunca me imaginé que fueras un fantasma playero.

—Pos, ya ve como *ej* uno, don Simeón… Me hubiera dado no *jé* qué *ejpantarlo*.

Mientras don Simón y el *brody* se ponían al corriente, yo observaba con muchísima curiosidad a aquel muerto de playera ombliguera y bermudas deshilachadas. De todos los muertos que había conocido, ninguno se veía como él; es más, ni siquiera muchos de los vivos que conocía se miraban tan alegres como el *brody*. Tenía una mirada tierna y profunda, y su sonrisa era contagiosa y cálida. Vamos, que caía bien el tipo, era agradable estar cerca de él. Me hacía sentir cómodo, como si él estuviera tan cómodo y feliz con su existencia que nos hacía sentir lo mismo a los demás: todo estaba bien, todo iría bien, no había nada de que preocuparse.

—Así *ej*, Simeón, todo *ejtá* bien, no hay nada de que *preocuparje* —dijo de pronto el *brody* con su acento costeño, dirigiéndose a mí y cortando la plática con don Simón.

—Discúlpame, no sabía que podías leer mi pensamiento —dije un poco apenado.

—No te preocupes, ya *ejtoy acojtumbrado*. Como nadie me ve, nadie se reprime. Así me entero de todo lo que pasa y puedo ayudar.

—¿Ayudar?… —pregunté sin tener ni remota idea de lo que me contestaría.

—Claro, hombre. ¿Tú sabes de todos los hombres y mujeres que

vienen *hajta* el mar pa' quitarse la vida?…

—¿De qué hablas, *brody*?… —preguntó don Simón, intrigado.

—Yo nací y morí en la playa —empezó a narrar el *brody*, sobándose la panza—. Fui muy pobre, pero muy *felij*. Tuve hartos hermanos allá en Acapulco, de donde soy, por eso me llaman el *brody*; así que mis 'apás *noj* enseñaron a mover la panza *dejde* bien chilpayatitos pa' ganarnos un peso. Si no ganábamos, no comíamos. Después me vine p'acá, pa' *Majatlán*, con unos gringos a los que *lej* caí en gracia, y aquí me quedé. Así pasé todos los días de mi vida, corriendo por la playa, haciendo reír a los *turijtas*… Tuve una vida muy buena —suspiró y, por un momento, me pareció ver en sus pupilas a un montón de mocositos con playeras ombligueras correteándose por la playa.

—Pero, ¿y el hambre? —preguntó don Simón, llevándose la mano al estómago; segurito porque pa' esas horas ya estaba deseando un tamal con su café.

—¿Hambre?… No recuerdo haber pasado hambre, nunca *noj* faltó un pan que llevarnos a la boca, o un *pejcao*. Siempre hubo gente buena que *noj* echó la mano. ¿Qué *lej* puedo decir? Yo *ejtaba* contento con lo que tenía… A lo mejor era que no *nejesitaba* nada.

Don Simón y yo nos quedamos un buen rato pensando; nos costaba entender que se pudiera ser feliz en una vida tan simple y de tanta escasez.

—Pero nos hablabas sobre ayudar —recordé repentinamente; mi ser interior me estaba pidiendo escuchar las respuestas.

—Ah, sí… ¿Saben *cuántaj* vidas he salvado *dejde* que *ejtoy* muerto?

—¿Se puede hacer eso? —preguntó don Simón.

—No, pus, sabe —dije yo.

—*Muchíjimas*. No hay noche en que un pobre hombre o una *dejgraciada* mujer quieran dejar sus *mijerables* vidas en *ejtas* aguas. Pero yo *lej* hablo bonito, *lej* hago ver lo hermosa que *ej* la vida, *lej* muevo la panza y *loj* hago reír. La risa *ej* el mejor remedio.

De pronto, el *brody* dijo algo que a don Simón le dolió muchísimo.

—Aquí conocí a la Soraya, don Simón. *Ejtaba* muy *asujtada*, *trijte*, sola. Su novio se había burlado de ella y su padre la había corrido de la casa. No tenía trabajo ni casa ni dinero, lo último lo había *gajtado* en venir *hajta* acá. *Ejcuché suj* lamentos, *suj* pensamientos y ya ve… la hice cambiar de parecer. Claro, ella nunca más ha vuelto a verme, imagínese el *sujto* que le daría… No le dije nada antes, don Simón, porque no estaba usté pa' *ejcucharlo*, pero *puj* ahora ya lo sabe.

Mi amigo tenía los ojos como dos jitomates bola; le pasé el brazo por la espalda y le dije: "Eso fue el pasado, hoy estás aquí". Él me miró y se le dibujó una ligera sonrisa; así que entonces le pedí al *brody*: "¡Anda, mi *brody*, muévenos la panza por un peso!".

Y el *brody* hizo lo que sabía hacer mejor: hacernos reír.

Pasamos otras dos noches en familia, con la mía y con la de don Simón. Cenamos, bailamos, cantamos, reímos, reímos mucho, nos abrazamos, pedimos perdones, y juramos con la palma de la mano en el aire que muy pronto regresaríamos.

Por la mañana, antes de ir a la central camionera, corrí hacia la playa. Ahí me quité los zapatos y caminé hasta el mar. Cuando tuve las olas yendo y viniendo sobre mis pies, con una voz quedita, pa' que nomás fuera el mar quien me oyera, le dije: "Vas a ver, condenadote, la próxima vez me amarraré bien fuerte el traje de baño".

El viaje.
Parte 1

—Oiga, ¿qué tiene que hacer ‘ora que lleguemos? —le pregunté a don Simón cuando veníamos en el autobús de regreso a Chihuahua.

—¿Como de qué o qué? —contestó él con los ojos cerrados, porque estaba dizque dormido.

—Pus es que se me acaba de ocurrir una idea…

—¿Idea? ¿Qué idea?… —contestó, abriendo los ojos y acomodándose en el asiento—. ¿Ahora qué se te ha ocurrido, Simeón? —dijo, volteando las pupilas pa’ arriba.

—Pus no sé si le he contado que mi sueño desde chamaco había sido llegar hasta Tijuana en coche; pero ya ve cómo son las cosas de la vida y sólo alcancé a llegar hasta Chihuahua.

—Sí, algo me contaste… ¿Eso tiene que ver con tu idea?

—Ándele, sí… pero no quiero ir solo…

Ahí me quedé, pensando cómo lo podría convencer. Sentía dentro de mí que tenía que hacer ese viaje sí o sí; había algo que me empujaba a aventarme de una vez por todas. Y no era únicamente por ver mi sueño hecho realidad, había “algo” que me llamaba. Así que, haciendo caso a mi ser interior, intenté también empujar a don Simón.

—¿Cómo ve si me acompaña? Sería toda una aventura…

Le puse una sonrisota, enseñándole mis dientes de mazorca, y él se me quedó viendo con cara de no sé qué. Nomás vi cómo los ojitos le dieron vuelta y unas chispitas saltaron de ellos. Creo que pasaron mil pensamientos por su pelona.

—¿Así nada más?… ¿De la nada? —preguntó, entre emocionado y asustado.

—Pus sí, así nomás, ni modo que cómo…

—Pues ni a quién tengamos que rendirle cuentas, ¿verdad?…

—¿’Tons qué? ¿Se anima? ¿Sí me acompaña?…

Y le conté más detalles sobre nuestro viaje pa’ que terminara de emocionarse: pararíamos en cada pueblo o ciudad que se nos antojara; pasaríamos por la Sierra Tarahumara; por Hermosillo, donde dicen que habitan las mujeres más rechulas de todo México; podríamos llegar a Ensenada e ir a ver a las ballenas y, hasta en una de ésas, pasar pa’l otro lado.

—Pus, ‘ta bueno, que ya encaminados en esto de vivir la vida, ¡pues a vivirla! —contestó reemocionado.

Y su grito de júbilo despertó a más de dos en el camión, quienes lo callaron a puro ¡*shhh, shhh!*

Aunque siempre me quejé de mi vida, no puedo decirles que de "lana" me haya ido tan mal; mi taller siempre fue noble conmigo y nunca me faltó el dinero. No les voy a decir que soy rico, pero no vivo mal, y hasta me he dado el lujo de tener mi buena camionetota. Ya saben que acá en el norte se usan mucho, como que uno se siente más hombre andando en su "troca", como le dicen los pochos, los mexicanos nacidos del otro lado. Así que no llegaríamos a Tijuana en mi viejo coche, sino en mi camioneta, la que me había ganado trabajando honradamente. No era del año, pero pus estaba buena.

Antes no ponía atención en eso porque estaba más ocupado quejándome. Caray…

Salimos de Chihuahua bien tempranito, con la Guía Roji en la mano y dos termos de café bien cargado, pa' que no nos fuera a agarrar el sueño. También echamos en una hielerita (sin hielo): plátanos, lonches de jamón y queso con bastante aguacate y chiles jalapeños; jugos, agua y una bolsa grande de papas fritas. Con eso aguantaríamos hasta la hora de la comida. Don Simón llegó cargado con un montón de casettes de la música de nuestros tiempos: "Pa'l camino", dijo.

—Pero, don Simón, si eso ya pasó de moda, ahora nomás puros "cedés", le dije, haciéndome el moderno.

—No hay bronca —contestó, y sacó una grabadora más vieja que las Barrancas del Cobre.

Y ahí íbamos cante y cante a Julio Iglesias, Camilo Sesto, José José, Juan "Grabiel" y la Rocío Dúrcal. Ésa sí que era buena música, no que 'ora nomás puro ruido y letras sin sentido; ¿qué es eso de que "a ella le gusta la gasolina, dale más gasolina"? ¡Pus ni que fuera camión!

Íbamos bien felices, recordando las cosas agradables que habíamos vivido y que esa música nos traía a la memoria. Si sí teníamos cosas buenas en nuestro pasado, nomás que nos habíamos empecinado en olvidarlas.

Llegamos a Ciudad Cuauhtémoc, "La Puerta a la Sierra", como le dicen, y allí hicimos nuestra primera parada pa' ir al baño, comprar queso menonita (¡el mejor!) y manzanas, las más sabrosas de México.

Aunque hacía bastante frío, el sol brillaba rebonito y dentro de la camioneta se estaba a gusto. El paisaje hasta ese momento había sido algo seco, pero eso sí, con un cielo tan azul que nos deslumbraba. Empezamos a adentrarnos en la Sierra Tarahumara y de pronto todo se volvió verde; hasta don Simón se puso del mismo color por tanta

subida y bajada. Nos detuvimos un momento pa' que tomara aire y se repusiera.

Mientras más avanzábamos, el paisaje se ponía más hermoso, puro bosque. Pasamos por Tomochi, y ahí nos dijeron que llegáramos hasta Basaseachi pa' que fuéramos a conocer la cascada más alta del país y la Peña El Gigante, la pared más vertical de todas.

Cuando llegamos, ya habíamos arrasado con los plátanos, los lonches, y en la bolsa de las papas fritas nomás quedaban unas cuantas migajas. Así que buscamos un lugar pa' comer. Aquel pueblo en la sierra era chico, pero la gente era muy amable, en todos lados nos ofrecían "caldo de oso", que rechazamos varias veces, pus yo creo que por miedo a atorarnos con una garra en el pescuezo; hasta que alguien nos explicó que era un caldo de verduras con pescado, y así sí le entramos. Estaba rebueno el condenado, hasta repetimos doble porción de aquel caldo humeante y sabrosísimo que nos calentó las panzas y las almas.

La seño que nos atendió en el restaurantito nos recomendó que fuéramos a la caseta número dos, que está por la carretera, pa' entrar al Parque Nacional Cascada de Basaseachi. Del mirador veríamos toditita la cascada y la Barranca de Candameña que, por cierto, tiene una profundidad de 1750 metros. Cuando la seño mencionó esto, luego luego vi que don Simón se empezó a marear; pa' pronto lo tomé del brazo y le hice señas para que respirara hondo. Pa' mi suerte, y pa' la suya, se tranquilizó; no me hubiera gustado irme solo a recorrer aquel fabuloso lugar.

Allí pasamos la noche, en aquel pueblito que nos había ofrecido nuestra primera aventura. El paisaje nos había dejado asombrados; la caminata, recansados. Pero llenos de esa energía que sólo la naturaleza puede dar. Después de eso, la vida nunca sería la misma.

A la mañana siguiente nos levantamos tempranito y retomamos la carretera 16 con rumbo a Hermosillo. Pasamos por muchos poblados, pero no quisimos parar en ninguno porque queríamos llegar lo más pronto a la ciudad. Solamente paramos rápido a comer en un pueblo llamado Yécora. Pero hicimos mal nuestros cálculos y nos anocheció antes de que llegáramos; estábamos aún como a dos horas de la capital de Sonora (pa' que vean que sí sé, ¿eh?).

Aquél había sido un camino largo y lento, con muchas curvas. En varias ocasiones tuvimos que detenernos pa' que a don Simón se le pasara lo mareado. Eso sí, de los paisajes no nos podíamos quejar, nunca habíamos visto nada tan maravilloso. Claro, tampoco es que antes hubiéramos viajado mucho, pero pus estábamos seguros de que esos lugares eran únicos.

Aunque al entrar al estado de Sonora la carretera se volvió más recta, estábamos un poco nerviosos porque nos habían recomendado

no viajar de noche, así que nos pusimos a cantar pa' distraernos.

Cantábamos un dueto entre Juan "Grabiel" y Rocío Dúrcal. Yo hacía la voz del Juanga y don Simón, a regañadientes porque perdió el "volado", a la Dúrcal. "Déjame vivir, por qué no me comprendes que tú y yooo, no, no, no, no, no tenemos ya más nada que decirnos, sólo adiós. ¡Así es que déjame y vete ya!", cantó don Simón imitando a la española. Lo hubieran visto… Me acuerdo y me río. "¡Nooo!, ¡nooo!, ¡nooo! Yo no me resignaré, no, a perderte nunca aunque me supliques que, amor, yo ya no insista y me vaya de tiii… ¡Noooo!", canté yo, también muy metido en mi papel, pero eso sí, con una voz pastosa y desentonada (qué se le va a hacer…), cuando de pronto, caminando a la orilla de la carretera, vimos a una mujer.

—¡Vio eso, don Simón! —grité, confundido y sin saber si pararme o no.

—¿Entonces usted también la vio? —preguntó, igual de confundido.

—Sí, sí, claro que la vi. Justo estábamos dando la vuelta a la curva y las luces de la camioneta le dieron directo.

—Se veía muy mal, a lo mejor tuvo un accidente. ¿No crees que deberíamos regresar por ella? —me preguntó don Simón con un dejo de temor en la voz. Las historias que habíamos escuchado de los asaltos en las carreteras eran muchas.

—¡Ay, nanita, don Simón! Pus qué le digo —me quedé pensando un momento, pero mi corazón de pollo me decía que fuera a socorrer a aquella desdichada.

Así que, con el corazón de pollo latiendo a mil por hora, di la vuelta y regresamos.

No la vimos más, anduvimos un buen tramo, pero no la volvimos a ver. Giré pa' regresar en dirección a Hermosillo cuando, en eso, enfrentito de la camioneta se nos apareció. "¡Ayy!", grité porque pensé que la había apachurrado. Me orillé, y don Simón y yo nos bajamos corriendo pa' auxiliarla. No estaba ahí, había vuelto a desaparecer. En eso, escuchamos un grito desgarrador que retumbó por todo el lugar y nos puso la carne de gallina.

—No es de este mundo —pronunció don Simón con la voz más seria que jamás le escuché. Aunque ya me había percatado del detalle.

Corrimos a la camioneta, nos subimos y pusimos los seguros de volada. Temblábamos. Aquellos gritos desgarradores se seguían escuchando por todo el campo. Intenté prender la camioneta pero, exactamente como pasa en las películas de terror, no encendió. Lo intenté varias veces, pero nada. No sabíamos qué hacer. Y los gritos seguían y seguían. Eran terribles, angustiantes, como si el dolor de todas las mujeres se hubiera ido a meter al cuerpo de esa infeliz. De pronto, don Simón volteó a verme, me tocó el brazo con el que

intentaba encender el motor una vez más, como diciéndome que le parara, que ya no insistiera.

—Algo quiere esta mujer de nosotros, Simeón. No podemos ignorarla —me dijo, con esa voz tan seria que también me enchinaba el cuero.

—¿Usted cree? —le dije yo, intentando que cambiara de opinión, porque ya imaginaba lo que quería hacer.

Desde que empecé con mi búsqueda de respuestas a la vida, ningún muerto me había causado semejante susto, ya que ninguno se había presentado de esta forma; ni siquiera ver a mi padre me aterró tanto (con todo y que di el azotón), pero pus es que fue diferente. Ésta era la primera vez que me enfrentaba a un verdadero fantasma; los otros, en comparación, eran muy parecidos a nosotros, con la única diferencia de verse un poco más pálidos, nomás.

La Llorona era en verdad un espíritu que calaba hondo en nuestros cuerpos y mentes, en nuestras almas. Don Simón entendió que no podía ignorarla, como tampoco podía ignorar el don que se le había concedido. Armándose de valor, quitó el seguro, bajó lentamente de la camioneta y cerró la puerta. Me pidió que bajara las luces y, entonces, caminó un par de pasos hacia adelante. Le habló en voz fuerte.

—Llorona, ya no tienes por qué llorar. Ven, nosotros te ayudaremos.

Silencio.

—Llorona, hace mucho frío, ¿quieres que yo también muera?…

Silencio.

—Llorona, yo sé dónde están tus hijos.

—¡¡¡AAAAAAAYYYYYYY, MIIIS HIIIJOOOS!!! —gritó la Llorona, tan fuerte que los árboles se movieron, y a mí me dio un vahído del susto. Bueno, casi.

—Llorona, ya no tienes por qué llorar. Ven, nosotros te ayudaremos —repitió don Simón, sin perder el ánimo.

Silencio.

El silencio continuó, no sé cuánto tiempo, pero me parece que fue mucho. Me estaba quedando dormido cuando escuché una vez más ese grito que, más que espantarme, ya me estaba hartando. Pero don Simón seguía en pie, tratando de convencer a esa fantasma necia de que se acercara.

De pronto, don Simón se subió a la camioneta.

—Enciéndela —dijo—. Tengo un presentimiento —agregó—. Y entonces la troca prendió sin dificultad alguna…

—¿Ves aquel camino que se interna entre los matorrales? —me preguntó.

—¿Cuál? No veo nada —dije, tallándome los ojos adormilados.

—Fíjate bien, Simeón, allí hay una estrecha vereda de terracería

que, estoy seguro, da hasta aquel cerro —señaló con su brazo extendido—. Dale por ahí.

—Pero, ¿cómo cree? ¿'Ta loco o qué?… No nos vaya a salir algún "malito", o nos vayamos a perder.

—Confía en mí, hombre; créeme, sé lo que hago. Nada más dale despacito.

Muerto del miedo, empecé a avanzar. No sabía qué era lo que pretendía don Simón, pero confié en él. Seguimos avanzando; al fijarme por el retrovisor distinguí la figura de aquella mujer que nos venía siguiendo. Me dio un escalofrío verla ahí, silenciosa, vestida toda de blanco, como una novia muerta. Su pelo era tan largo como su vestido, igualmente blanco. Y seguimos avanzando, hasta casi llegar al cerro.

—Párate —ordenó de repente don Simón, y sentí mucho miedo porque la carretera hacía mucho que se nos había perdido de vista. Hice lo que me indicó y él se bajó de la camioneta.

No podía escuchar lo que don Simón le decía. Sólo vi que movía los labios y ella le ponía atención. Con su brazo largo, huesudo de muerta, ella señaló un lugar. Don Simón se acercó a mi ventana.

—Simeón, necesito que me ayudes. Trae la lámpara y acompáñanos —dijo, con esa voz seria y autoritaria que me daba ñáñaras, pero lo obedecí sin chistar.

Me le pegué a don Simón lo más que pude. Quería mantenerme lo más lejos posible de la Llorona. Alumbré la brecha y por ahí caminamos los tres; todo se veía tan tenebroso… Y el frío era tan intenso que hasta se me formó aguanieve en los bigotes. Los árboles apenas dejaban que se asomara la débil luz de la luna. De repente, la Llorona lanzó el alarido más terrible que había escuchado en mi vida. Un escalofrío, seguido de muchos más, me dejó temblando por un buen rato; pero de pronto paró cuando comprendí, cuando realmente comprendí, que aquella mujer lloraba por la muerte de sus hijos. Don Simón estaba hincado y escarbaba la tierra con sus propias manos. Sin saber por qué, lo imité. Los dos removíamos la tierra debajo de nuestras sombras, mientras la Llorona dejaba escapar leves quejiditos, como si tratara de controlarse. De pronto mis manos tocaron algo duro y sentí mucho miedo; percibí lo que era, pero me aguanté, seguí escarbando y mis dedos tocaron más de esas piezas duras. Don Simón volteó a verme con las manos metidas en la tierra; él también las había tocado. Sin decirnos nada, seguimos con nuestra labor; empezamos a sacar uno a uno todos los huesos con los que nos topamos, hasta que encontramos tres cráneos pequeños: eran de los hijos de la Llorona.

Cuando los vio, se hincó entre nosotros y nos arrancó los cráneos de las manos. Los abrazó como si hubieran sido los cuerpos de sus

pequeños hijos. Muy bajito, comenzó a cantarles una canción; la canción más dulce que escuché en toda mi vida. Pronto, su voz invadió todo el cerro y un ligero calor nos reconfortó. Cuando terminó de cantar, se volvió hacia nosotros, nos entregó los cráneos y dijo:

—Ahora, ya están bien. Ya podrán descansar en paz —y sonrió.

Lo que sucedió nos conmovió tanto a don Simón y a mí que no tuvimos corazón pa' dejarla sola, así que la invitamos a viajar con nosotros. Se emocionó tantísimo… Tenía muchísimos años vagando por esos lares, nunca había salido de ahí, pero como mujer que era le entró la vanidad y dijo que en esas fachas no iría a ninguna parte; le prometimos que llegando a Hermosillo le compraríamos un vestido muy bonito.

Como la camioneta era de una cabina, la Llorona tuvo que viajar sentada entre nosotros dos. Luego luego agarró confianza, porque se quedó bien dormida con la cabeza recostada sobre el hombro de don Simón.

—Pobrecita —murmuró mi amigo—, sabrá Dios en cuánto tiempo no ha dormido.

—Sí, quién sabe qué le habrá pasado —comenté yo, también muy bajito, pa' no despertarla.

—Ya nos contará; bueno, si es que quiere. Pero dejémosla dormir, mi buen amigo Simeón —calló un momento y luego agregó, sonriendo —: Gracias.

—No hay de qué, don Simón, pus si todo lo hizo usted. Oiga, nomás sáqueme de la duda, ¿cómo supo dónde estaban enterrados sus hijos?

—Pos qué le digo, no lo sé, fue como un presentimiento. Simplemente fue algo que sentí. Le pregunté si estaba buscando a sus hijos y señaló hacia el cerro. Fue muy confuso, porque creo que ni ella misma sabía el lugar exacto. Pero mira, dejemos que sea ella quien nos lo cuente. Y no se ofenda, mi amigo, pero estoy agotado, se me están cerrando los ojos.

—No se preocupe, don Simón, descanse, ya los despertaré cuando lleguemos a Hermosillo.

El resto del camino lo recorrimos en silencio. El miedo se había ido por completo, estaba seguro de que la tranquilidad había llegado a mi vida para no irse nunca más.

A unos pocos minutos de entrar a Hermosillo, encontré un motel a la orilla de la carretera. El lugar se veía decente, y como estaba tan cansado pensé que lo mejor sería pasar esa noche ahí. Me estacioné, fui a la recepción y reservé dos cuartos; menos mal que el

recepcionista estaba más dormido que despierto y no preguntó por mi pinta de sepulturero. Regresé a la camioneta y ni don Simón ni la Llorona se dieron por enterados. Tuve que moverlos varias veces pa' que se despertaran; hasta me asusté un poco porque pensé que se me habían muerto (aunque dudé que la Llorona pudiera morirse dos veces). Al final lo logré haciendo sonar el claxon. Por supuesto, el de la recepción, todo modorro, salió pa' callarme.

Don Simón y yo dejamos a la Llorona en su habitación; ella, al despedirse, nos plantó un beso en la mejilla, un beso tan frío como lleno de gratitud. Me dirigí a mi cuarto con un gran nudo en la garganta.

Ya ahí, después de haberme dado un buen baño con agua caliente que me quitó de encima la tierra de los muertitos, metido en mi cama, daba vueltas sin poder dormir. A pesar del cansancio, no dejaba de pensar en lo sucedido aquella noche. Tampoco podía dejar de pensar en ella. De pronto, escuché unos golpecitos en la puerta. Fui a abrir: era la Llorona.

—Disculpe que venga a molestarlos, don Simeón, pero es que no puedo dormir —dijo ella, aún en el marco de la puerta.

—Pasa, pasa, que hace frío. No te preocupes, yo tampoco puedo dormir —y mientras decía esto encendí una lámpara que despertó a don Simón.

—¿Qué pasa, Simeón? ¿Llorona?… —preguntó él, protegiéndose los ojos de la luz.

—Disculpe, don Simón, pero es que no puedo dormir y me entró como una angustia…

Don Simón la interrumpió diciéndole que no se preocupara, que todo estaría bien. Se levantó de la cama y le indicó que se sentara ahí. Nosotros dos nos sentamos en la otra. Tras un silencio en el que nadie supo qué decir, la Llorona comenzó a hablar.

—Me llamo María —dijo, y enseguida entendimos que ya no quería que la llamáramos "la Llorona"—. Soy de Tomochi, un poblado cercano a Ciudad Cuauhtémoc; seguro pasaron por ahí.

Dijimos que sí con un movimiento de cabeza. Ni don Simón ni yo nos atrevimos a interrumpirla, después de tantos años de silencio, de tanto llanto, era hora de que lo echara todo pa' fuera.

—Tenía treinta y dos años antes de morir, estaba casada y tenía tres hijos: una niña, la más pequeña, y dos varones. Mi esposo era un hombre valiente, fuerte, trabajador y muy cariñoso —suspiró—. Comerciábamos con madera y teníamos algunas vacas, no era mucho, pero con eso nos bastaba para vivir sanos y contentos. Éramos muy felices. Pero la cosa se empezó a poner difícil cuando el gobierno nos prohibió talar nuestra propia madera para dársela a los extranjeros y, peor aún, cercaron los prados adonde llevábamos a pastar a nuestras

vacas. Fue a finales de octubre de 1892 cuando morí. El mismo día morimos todos. Sabíamos que las cosas estaban mal desde un par de años atrás, pero jamás imaginamos que llegarían hasta ese extremo. Lo peor fue cuando nos prohibieron profesar nuestras creencias. En Tomochi éramos fervientes creyentes y seguidores de Teresa Urrea, a la que llamábamos La Santa de Cabora (un pueblo de Sonora en donde vivía con su padre), porque fue una mujer muy buena, que después de una terrible enfermedad se levantó con el don de la sanación: ella podía obrar milagros. En la pequeña iglesia del pueblo le pusimos un altar, pero llegó un cura y quiso obligarnos a quitarlo. Como no obedecimos, el padrecito se largó; pero eso sí, nos mandó a los federales. Aunque bueno, no es que lo hubiera hecho él solo, había muchos intereses de por medio en nuestras tierras. Las minas y la madera daban mucho dinero, así que el gobierno quería apaciguarnos. Y la cosa llegó a mayores: el mismísimo presidente don Porfirio Díaz mandó a su ejército.

Y prosiguió:

—Resistimos durante más de un año; los tomochitecos éramos luchadores por herencia, siempre fuimos un pueblo muy independiente. Ya nuestros antepasados habían peleado ferozmente contra los españoles por lograr esa independencia. Y aunque nosotros ya éramos mestizos y criollos, la sangre indígena que corría por nuestras venas nos hacía luchar como verdaderos guerreros. Tan fue así, que sólo con cien hombres logramos derribar a un gran ejército; desgraciadamente para ellos, seiscientos soldados murieron. Pero el gobierno no se quedó de brazos cruzados. En octubre de 1892 mandó a Tomochi alrededor de mil doscientos soldados bien armados para combatir a los "rebeldes", como nos hacían llamar. Recuerdo que aquella mañana, mi marido salió muy temprano de casa, estaba decidido a defender la causa así le costara la vida. Se despidió de mí con un gran beso, me abrazó muy fuerte y me dijo cuánto me amaba, me pidió que cuidara de nuestros hijos y que huyera con ellos de ahí lo más pronto. Sabía que no volveríamos a vernos, y así fue… Después de un rato de haberse ido, escuché gritos y mucho ruido, me asomé a ver qué estaba pasando y vi cómo unos soldados mataban a los hijos de mi comadre (muchachos de doce y trece años), mientras otros soldados incendiaban la casa. Apresuré a mis hijos, teníamos que huir de ahí. Mi niño mayor tenía doce años, le pedí que tomara de la mano a su hermanito, que tenía nueve, y que no lo soltara para nada; tendríamos que escapar por la ventana trasera. Les prometí que yo los cuidaría, que jamás los abandonaría, que los protegería de todo y de todos; saldríamos corriendo hacia la iglesia, después huiríamos hacia el cerro y allí nos encontraríamos con su padre. Pero nada de eso pasó…

En ese punto del relato, a la Llo… digo, a María, se le quebró la voz. La tomé de las manos pa' darle un poco de ánimos, y continuó:

—Llegamos a la iglesia justo cuando estaban cerrando las puertas. Allá adentro, estábamos la mayoría de las mujeres del pueblo con nuestros niños; sólo con vernos a los ojos nos reconocíamos unas a otras como las viudas que seríamos en adelante. Todos estábamos muy atemorizados y sabíamos que nuestras fuerzas, las de nuestro pueblo, pronto tendrían que someterse a la brutalidad del gigante. De pronto, empezamos a respirar humo y a sentir muchísimo calor: estaban quemando la iglesia. Como nosotros habíamos sido los últimos en llegar, junto con otros que estaban ahí, intentamos abrir la puerta. Aunque me quemé las manos, cargué a mi pequeña hija en brazos; apenas tenía cuatro años, qué podía entender la criatura… Ella rodeó mi cuello con sus pequeños bracitos y le juré que no le pasaría nada, que yo la protegería. Cuando logramos abrir las puertas y salimos corriendo, los soldados ya nos estaban esperando con sus fusiles. La primera bala atravesó la espalda de mi pequeña, creo que murió al instante; y esa misma bala me dio a mí, atravesándome la garganta. Nos desplomamos sobre el suelo. Mis hijos, que venían atrás de mí, lograron esquivar las balas pero, cuando se hincaron junto a nosotras, un par de oficiales los levantaron. No pude hacer nada, yo estaba ahí, tirada en el piso, agonizando, sin poder pronunciar una sola palabra. Sólo vi pasar un par de botas que alejó de mí a mis pequeños. Los escuché gritar: "¡Mamá, mamacita, ayúdanos! ¡¡¡Mamááá!!!". Y entonces una ráfaga estruendosa calló sus voces para siempre. No los vi más. También se llevaron a mi niña.

María no pudo aguantar más y se soltó llorando; esta vez ni don Simón ni yo la detuvimos: los dos chillábamos también.

—Estuve mucho tiempo tirada en el suelo —dijo, cuando logró calmarse—, otras cayeron igual que yo. El olor a pólvora, a sangre, a carne chamuscada era inaguantable; aún lo llevo impregnado en la nariz. Había gritos y llantos por todos lados, pero poco a poco se fueron silenciando. Dejé de escuchar y de ver, el dolor tan intenso en la garganta desapareció; me dormí. Creo que fue cuando me morí, pero después de un tiempo desperté y seguía ahí, frente a la iglesia incendiada de Tomochi. Me levanté y empecé a caminar entre los cadáveres, entre las casas destruidas, luego me dirigí hacia los restos de lo que algún día fuera mi hogar. Busqué a mi marido y a mis hijos entre los muertos, pero no los encontré. Cuando me descubrí sola, muerta, sin saber qué hacer ni adónde ir, empecé a llorar; luego comencé a gritar para que me escucharan. No paré hasta esta noche, cuando por fin, gracias a ustedes, encontré el lugar donde habían enterrado a mis hijos.

Un instinto de padre protector me llevó a estrujar a María contra mi pecho. La abracé muy fuerte, le acaricié el pelo, le dije las palabras más bonitas que se me ocurrieron pa' consolarla.

—Ya no estás sola. Ya nunca más estarás sola —le repetí montones de veces. Ella me agradeció con su débil sonrisa.

—Todo este tiempo lloré por mis hijos, por la promesa que no les cumplí. No pude protegerlos, ni siquiera pude despedirme de ellos. Por eso me aferré a estos cerros, de alguna manera yo sabía que por aquí tendrían que estar enterrados. Sin embargo, pasó tanto tiempo y me acostumbré tan sólo a llorar, a lamentarme, que lo único que logré fue espantar a las pocas personas que podían verme. Porque, por si no lo sabían, no todos pueden hacerlo; y así perdí el objetivo de encontrarlos. Hasta que pasaron ustedes y me deslumbraron con la luz del vehículo.

—Sí, te sentí —interrumpió don Simón, que había estado muy callado todo ese tiempo—, pero no dije nada hasta asegurarme de que no eras una mujer que acababa de sufrir un accidente. Y, bueno, comprenderás que no quería espantar a nuestro buen amigo Simeón, ¿verdad? —lo dijo volteando a verme.

—Y yo lo sentí a usted —continuó ella, regresando la vista a don Simón después de haberme visto a mí—. Pero tenía miedo, por eso tardé en acercarme.

—Nada de miedo, María, todo eso ya pasó —don Simón le dijo esto tomándole las manos, viéndola a los ojos, como todo un padre que quiere darle valor y confianza a su hija—. Tus hijos ahora descansan en un lugar muy lejos de aquí, están contentos, tranquilos, están con su papá y esperan que, cuando estés preparada, te reúnas con ellos —continuó don Simón, sorprendiéndonos con sus palabras.

María lo abrazó y, mientras lo hacía, escuché que entre sollozos repetía una y otra vez "gracias, gracias, gracias".

María siguió contándonos su vida durante el resto de la noche. Caminaba de un sitio a otro del cuarto, se sentaba en la cama, se paraba; de pronto reía cuando se acordaba de algo chistoso que un día hicieron o dijeron sus hijos; de pronto lloraba cuando se acordaba de lo mucho que ella y su esposo se amaban… Así llegó el amanecer a Hermosillo; cuando los primeros rayos del sol salieron, estos tres viajeros nos fuimos a dormir.

Por la tarde le compramos un vestido rechulo, floreado, como a ella le gustaban, dijo. También, unos zapatos, una bolsa y "d'ésas" cosas que usan las mujeres pa' pintarrajearse la cara. Se recogió el pelo en un chongo, pa' no llamar tanto la atención. La verdad es que no se veía

nada mal; hasta eso, era chula. Pálida y flaca, pero chula.

Recorrimos la ciudad como tres amigos que se conocen de toda la vida. Caminamos por el centro, descansamos en una banca de la Plaza Zaragoza y luego entramos a la Catedral a dar gracias. Yo quería dar las gracias desde afuera, porque las iglesias nunca me han gustado; desde niño me asustaban. “Al cabo que Dios está en todas partes”, les dije, pero se hicieron los desentendidos y me metieron a rastras. No supe por qué era tan importante para ellos que yo entrara, pero me sentí importante de saberme necesitado, de saber que para ellos, la experiencia sin mí no sería la misma. Qué bonito sentí…

Nos recomendaron mucho que fuéramos al Musas, o sea, al Museo de Arte de Sonora, pero como que a aquellos dos no les interesó la idea de ir a encerrarse a ver “pinturitas”. Por más que traté de convencerlos, nomás no lo logré. Qué le vamos a hacer, así es la gente inculta, pa’ qué más que la verdad…

Por la noche nos fuimos a cenar. Les dije que los invitaría a un buen restaurante pa’ comernos unos jugosos *steaks* (filetes, pa’ los que no hablan inglés), que son muy famosos por allá. Después caminamos un rato más por la ciudad y luego, ya sin fuerzas, nos fuimos a dormir. Aún nos esperaba un largo viaje…

El viaje.
Parte 2

No estaba en nuestros planes ir a Puerto Peñasco, pero cuando la Llorona… digo, María, vio en la carretera un anuncio de la playa, de esos grandotes con fotos muy chulas, se apantalló tanto con el color del mar que nos rogó pa' que la lleváramos. Como tampoco estaba en mis planes viajar con una mujer chillona (ya sabemos que luego las mañas duran un rato), no tuve problema en desviarme; a don Simón tampoco le importó.

Pasamos unos días esplendorosos. No sé de dónde saqué esa palabrita: "esplendorosos", por la cual don Simón no para de echarme carrilla, pero desde que la felicidad me ha entrado al cuerpo, un montón de palabras nuevas salen de mi boca sin que yo pueda siquiera pensarlas. Salen así, nomás. Me he cachado mirando atardeceres "maravillosos", lunas "fulgurantes", paisajes "fastuosos", "radiantes", "espléndidos"… Parece que la lengua se me hubiera soltado por tanta felicidad (y, pus también, algo se me habrá quedado de los libros que he estado leyendo, pienso yo).

Total, como decía, en Puerto Peñasco pasamos unos días esplendorosos: correteamos por las dunas, tomamos el sol acostados en la arena, nos bañamos en aquel mar tan azul y brillante, comimos discada de mariscos, vimos el atardecer más colorado y bello de nuestras vidas, y hasta fuimos testigos del enorme esqueleto de un dinosaurio. Por un momento pasó por mi mente la idea de quedarme ahí y no viajar hasta Tijuana; pero la razón me hizo entender que un hombre es hombre (o una mujer, mujer) cuando se cumple a sí mismo sus metas. Yo tenía una cuenta pendiente conmigo desde muchos años atrás, era hora de pagarla; Puerto Peñasco seguiría ahí, por si yo decidía volver. Estaba haciendo caso a mi "llamado".

María sí se quedó: el desierto y el mar la enamoraron. "Una bronceadita no le caería mal a la flaca", pensé yo, y contuve el sentimiento de dejarla sola; entendí que cada quien tenía que hacer lo que tenía que hacer.

Don Simón, mi fiel amigo, continuó a mi lado.

Como buenos machos mexicanos, intentamos no chillar cuando nos despedimos de María, pero no lo conseguimos: se nos saltaron las lagrimotas, otra vez.

De Puerto Peñasco viajamos hasta Mexicali. Ya estábamos cada vez más cerca de Tijuana; empecé a ponerme ansioso. Pa' calmar esas ansias nos fuimos a echar un par de chelas; nomás un par, no vayan a creer que andábamos de borrachos. Esa noche dormí como bebé y tuve los sueños más maravillosos. A la mañana siguiente desperté sintiéndome como si me hubieran quitado de encima por lo menos cuarenta años, tan pleno y feliz como un muchacho lleno de ilusiones.

A pesar de que don Simón me insistió pa' quedarnos un poco más en aquella ciudad, con la pena, tuve que decirle que no; a mí la prisa ya me andaba, no podía seguir retrasando por más tiempo mi encuentro con Tijuana.

El camino hacia Tijuana fue realmente vistoso. Antes de llegar a Tecate (la última ciudad antes de nuestro destino) se halla La Rumorosa, un sitio donde los cerros están formados por rocas enormes, y desde los miradores se miran unos paisajes bien impresionantes. Y qué decir de las torres eólicas… ¡fantásticas! Pa' quienes aún no sepan qué son las torres eólicas, son esos postes altísimos con tres aspas que se encargan de convertir la energía del viento en electricidad… ¡'Ámonos! ¿A poco no los apantallé con mi dato? Bueno, la verdad es que yo tampoco sabía, pero ahí, en La Rumorosa, nos dieron la explicación. Pa' que vean que sí aprendo. ¡Ah!, y don Simón, también. Pero a él lo que más le llamó la atención fueron las pinturas rupestres; no es que a mí no me gustaran, si sí me gustaron, y mucho, nomás que yo soy más moderno que el viejillo, por eso es que me llaman más la atención las nuevas tecnologías, sobre todo tratándose de cuidar el planeta. ¡Ah, porque cómo está el pobre de amolado…! Tengo que confesar que antes no me preocupaba mucho por esos temas, más bien no me preocupaba nada; más problemas tenía yo, o eso creía. Pero la noche anterior, en el hotel de Mexicali, después de estar cámbiele y cámbiele a la tele, encontré un programa que me dejó "patidifuso" (ni me pregunten de dónde saqué esa palabreja). Por una parte, nos mostraban las bellezas naturales que hay en el mundo, y por la otra, toda la destrucción que los seres humanos, queriendo o sin querer, le estamos haciendo. Me dejó pensativo un buen rato, pero luego me dormí y lo olvidé; hasta que me topé con las torres en la carretera, lo que me hizo pensar que, afortunadamente, hay gente despierta ya desde hace rato en este mundo. Me sentí un poco avergonzado, pero antes de empezar a echarme culpas, celebré que los ojos se me estuvieran abriendo.

Esa última parte de nuestro viaje fue especialmente bonita y muy silenciosa. Como que cada quien iba en su mundo, pensando, haciendo recuentos; quizá del viaje, quizá del pasado y de la vida. Don Simón y yo casi ni hablamos, pero nos sentíamos contentos de compartir el

silencio con aquellas montañas de piedras enormes.

Por Tecate pasamos rapidito: quisimos alejarnos pronto de la tentación, nomás la chela obligatoria en el recorrido por la cervecería y listo. Eso sí, nos compramos una bolsota de pan dulce pa'l camino, porque nos dijeron que era el mejor.

Y por fin, ¡Tijuana!

Lo que viví en Tijuana se me va a hacer muy difícil de contar. Jamás, ni soñando despierto, pensé que algo como lo que me pasó me pasaría. Lo recuerdo y se me enchina el cuero; y luego cientos de dudas atacan mi mente, como pa' comprobar que de verdad no terminé volviéndome loco. Como lo dije al principio, puede que esté un poco deschavetado, pero más que loco soy necio, y gracias a esa terquedad encontré muchas respuestas al final de este viaje. Aún me quedan dudas, y sé que la batalla no ha sido ganada del todo, porque el enemigo (por fin lo comprendí) no vive lejos, ni en el pasado ni en el futuro, vive muy cerquita, tanto que por eso no lo podía ver: vive dentro de mí. Ni se me asusten, ¿eh?… Porque a todos nos pasa lo mismito, y no tiene nada que ver con demonios ni chamucos. Ahora sé que mi felicidad depende solamente de mí, y que las decisiones que tome, buenas o malas, serán simplemente eso: decisiones buenas o malas, por las cuales tendré que hacerme responsable. Aceptar lo que es. Siempre podré elegir sentirme bien o mal, ser feliz o desgraciado. La fórmula de la felicidad está dentro de mí.

No, no, no, aún no me despido, ¿pus cómo creen?, si aún tengo que contarles lo que me pasó. Nomás que con tanto que he vivido en los últimos meses me da por filosofar. Aquí les va con lujo de detalles mi última historia, la más importante de mi vida.

Tijuana resultó ser una ciudad moderna y tradicional al mismo tiempo, muy bonita; ya no era más esa ciudad fronteriza de la perdición que tanto se menciona en los noticieros y en las películas "jolivudences" de acción, mafia y crimen. De verdad me sorprendió. Desde que vi el letrero de "Bienvenidos a Tijuana" mi corazón se aceleró; si hasta podía escuchar sus latidos, era como si me dijera: "¡Vaya, por fin!". Sentí una alegría que ni yo mismo me podía explicar, no sólo era el hecho de saberme triunfador por haber alcanzado mi meta, había algo más que aceleraba mi pulso. Me puse chapeado, chapeado. Yo ni cuenta me di, pero fue don Simón con su comentario quien hizo que me percatara:

—Y ahora tú, ¿por qué tan colorado?

Yo nomás sonreí. Muy pronto tendría motivos para sonreír con más fuerza, pero también una gran pena entristecería profundamente mi

corazón.

Estaba tan reemocionado que no sabía por dónde empezar, qué hacer, adónde ir… Don Simón se encargó de aterrizarme en el suelo y hacerme ver que, si no tenía pa' cuándo regresar a Chihuahua, algo tendríamos que hacer, porque el viaje había sido más largo de lo esperado y el dinero se nos estaba terminando.

—¡Pus échese una leída de cartas o una sesión espiritista! —le dije en broma. Nos atacamos de la risa, pero luego pus sí nos pusimos a pensar.

Esa noche la pasamos en un hotel modesto en el centro, estábamos muy cansados y necesitábamos reposar. Al día siguiente, durante el desayuno, buscamos un lugar para hospedarnos en los clasificados del periódico.

Visitamos varias pensiones, unas peores que las otras, hasta que dimos con una que nos gustó bastante. Era una casa grande, pero sencilla. Estaba muy limpia y se respiraban un aire fresco y un ambiente muy agradables. No supe por qué, pero me recordó a la casa de mis padres. Tenía un pequeño patio en medio, en donde había montones de macetas con palmas y flores. Cuando llegamos, dos muchachas trabajaban afanosas en la cocina, hacían tortillas a mano y quesadillas de flor de calabaza y de huitlacoche, igual que las que se hacen en la ciudad de México. Aquella casa y aquel olor me trajeron muchos recuerdos; creo que la dueña se dio cuenta porque nos invitó un par de aquellas delicias.

—¿Les gustan las quesadillas de flor de calabaza? —nos preguntó a los dos glotones, que ya estábamos con la boca echa agua—. Soy de la capital, así que enseñé a estas chiquillas a hacerlas tal como se hacen allá, con masa verdadera —siguió hablando, sin darnos chance de decir palabra alguna, porque pronto nos sirvió a cada uno un plato con dos quesadillas y una salsa verde bien sabrosa.

Desde el primer momento nos hizo sentir como en casa. Era una mujer muy alegre y amable. Coincidimos en muchas cosas, además de ser los dos oriundos del Distrito Federal. Se llamaba Leonora, y su pelo era así, rojizo, como el de una leona. Ella llegó a Tijuana treinta años atrás, cuando se casó; al morir su marido, a una edad temprana, ella prefirió quedarse. Sus cuatro hijos estaban en edad escolar, tenían ya una vida hecha ahí, y la familia paterna, que era muy grande, los estimaba un chorro. Leonora, que había sido hija única, había encontrado en Tijuana a la familia que siempre añoró. Ahora, además de sus hijos, es abuela de tres nietecitos, que hacen con ella lo que les da la gana. Esto último dicho por ella misma con orgullo. Como siempre le gustó estar cerca de la gente, cuando sus hijos se casaron y se quedó sola, no lo pensó dos veces y convirtió su casa en pensión.

Nunca se volvió a casar. Yo nunca conocí a una mujer como aquélla.

La casa de doña Leonora se encontraba cerca de una calle que es famosa por sus tiendas de artesanías, así que es muy común ver a los gringos comprando las típicas *mexican curius*.

Hasta esa tarde aún no habíamos ido por ahí, habíamos estado más entretenidos conociendo otras zonas de la ciudad; doña Leonora nos insistía en que fuéramos a conocer al burro-cebra: ya era parte de las visitas obligadas ir a tomarse la foto con el animalito.

Le hicimos caso y nos lanzamos a ver el "chou". La verdad resultó bien simpático: era un burro pintado con rayas blancas, "tan manso como menso"; mira que dejarse tocar por todo mundo y posar pa' todas las fotos sin soltar ni un rebuznito… Sí que era noble el burrito. Don Simón y yo nos pusimos nuestros sombrerotes de charros mexicanos. Yo elegí el rojo, y don Simón, el verde. Nos paramos uno a cada lado del burro-cebra y enseñamos nuestros dientes de mazorca, pa' salir lo más sonrientes en la foto. La gente que esperaba su turno nos aplaudía o hacía bromas, estábamos todos muy contentos, hasta el burrito parecía sonreír. El "flashazo" me había dejado todo encandilado, pero un segundo después, cuando aún veía medio borroso, me pareció ver una cara muy familiar entre aquella gente que reía y celebraba. Quise ir tras ella, pero no me dejaron moverme: don Simón había cerrado los ojos, así que tenían que tomar otra fotografía. Empecé a sentirme muy nervioso.

En cuanto pude quitarme el sombrero, corrí a buscar entre la gente.

—¡¿Qué te pasa?! —me gritó don Simón.

—¡Péreme, ahorita vuelvo! —le contesté yo.

Me metí en cada una de las tiendas de artesanías; tenía que encontrarla. Sabía que era imposible, a lo mejor lo había alucinado, pero juro por Dios que la cara que vi era la de una mujer, y me pareció que era la de… Martita…

¡Sí, esa mera! Mi Martita, de la que estuve perdidamente enamorado en mi juventud, la hermana menor de la ballena, digo, de mi esposa. ¿Se acuerdan que les conté?… ¡N'ombre! No estaba borracho, fue algo que pasó muy rápido, pero un rostro como aquél no podría olvidarlo nunca.

Definitivamente no pude dormir. Esa imagen me había alterado pa' siempre. Di vueltas en la cama como cochino en el lodo, pero no logré cerrar ni un minuto mis ojos. Todo el pasado se me había hecho bolas en la mente: el taller de don Juven, Martita, Juana, mi huida, Tequila, Chihuahua… Un mazacote de recuerdos me estrujaba el corazón. El amor que yo creía apaciguado por el tiempo volvía pa' atormentarme. Así que mejor, al amanecer, me levanté, me bañé, me "perfumié", y

únicamente tomé café recién hecho; no pude comer nada. Tenía que encontrarla. Recorrí de nuevo todas aquellas tiendas de artesanías que, por supuesto, estaban cerradas. Tampoco el burro-cebra andaba por ahí. Un barrendero me avisó que abrían hasta las diez de la mañana. Esas tres horas fueron las más largas de mi vida.

Los encargados de las tiendas comenzaron a llegar: tres muchachas morenas aparecieron, luego dos señoras bastante pasaditas de peso, un muchacho flaquito y delicadito, dos señores de bigotes parecidos a los míos y otras personas más, pero ni rastro de Martita. El ruido que hacían las cortinas metálicas cada vez que las subían me erizaba los pelos. Se abrieron una tras otra, pero faltó la del final… Me paré junto a la puerta a esperar, y mi corazón latió tan fuerte que no tuve duda de que estaba en el lugar correcto. Pero pus pasaron las horas y nadie llegó a abrir. Desesperado, pregunté en la tienda de al lado, a ver si me podían dar razón. Una muchacha con cara de aburrimiento me miró, bostezó y, por toda contestación alzó los hombros; después regresó la vista al piso, hacia donde la tenía cuando entré.

Entonces, pensé que estar ahí, parado, esperando encontrar al amor de mi juventud era toda una tontería. Pasaba ya del mediodía y los crujidos de mis tripas me hicieron recordar que no había comido. Cerca de ese lugar había un puesto de tacos, así que decidí ir allí. No había dado ni cinco pasos, cuando, a lo lejos, apareció la figura de una muchacha pálida y flaca. Un toque eléctrico me sacudió.

Bajo el sol caliente de Tijuana se acercaba, lentamente, con la mirada puesta en mí. Mientras lo hacía, la reconocí, y su rostro agarró el color que un día yo le viera; y su cuerpo volvió a curvearse, tomando las formas de aquella mujer escultural que, muchos años atrás, aún siendo chiquilla, me enamoró…

Martita llegó hasta mí. El tiempo no había pasado por ella, seguía igualita. ¿Cómo era posible eso?…

—Buenas tardes, Simeón —me dijo tímidamente, como si aún estuviéramos en el taller de su papá—. ¿Me ayudas? —y señaló la puerta metálica.

Los pelos se me erizaron.

Ya adentro de la tienda, entre cofrecitos de latón, cajitas de madera pintadas a mano, sombreros de palma y rebozos de colores, intenté hablar.

—Pero, ¿cómo es que…? ¿Cuándo…? ¿Por qué? —empecé a hacer preguntas a lo tonto; todo era muy confuso—. ¿Cómo me has reconocido?…

—¿Cómo podría no hacerlo? —contestó ella de la manera más natural.

—¿Cómo?… No entiendo… Yo estoy viejo, pero tú… no has cambiado nada, sigues igual de bella… y de joven —la miraba de

arriba pa' abajo y de abajo pa' arriba; a esas alturas de la vida y aún seguía sin comprender nada…

—¿En serio no has entendido, Simeón?…

—¿Entender qué?… Sí estoy soñando, ¿verdad?…

—No, mi querido Simeón, estás más despierto que en toda tu vida.

Enmudecí, el "mi querido Simeón" se me quedó pegado. ¿Martita me quería?…

—Ven, siéntate —me tomó de la mano con mucha dulzura, y aunque estaba muy fría no me importó: ¡era la mano de mi bella Martita!

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, aún confundido.

—Aquí trabajo —respondió simplemente.

—Sí, bueno, pero me refiero a qué haces en Tijuana.

—Vine a buscarte.

—¡¿A mí?! —contesté todavía más confundido.

—Sí, a ti —y me soltó una de esas sonrisas coquetas que tanto me gustaban.

—Sigo sin entender nada, Martita. No quiero ser grosero, pero estoy empezando a impacientarme.

—Tranquilo, tranquilo. Ya te contaré todo. Sólo quiero que estés en calma, tómate este tecito. Es de siete azahares, verás que te caerá muy bien.

Tomé esa taza de té que con tanta dulzura me ofreció pero, para lo que tuve que oír, hubiera sido mejor un galón de ese té mezclado con valeriana, tila y todas las hierbas calmantes que se encuentran en las hierberías.

Pero antes de que Martita empezara a hablar, tuve que hacerle la pregunta que me había carcomido las entrañas durante tanto tiempo.

—Martita, ¿por qué me rechazaste?… Sabías que yo te quería, y yo pensé que tú también.

—Yo no te rechacé, Simeón.

—Pero… ¿de qué estás hablando? —ahí sí que empecé a sulfurarme—. Si clarito escuché que no querías ser mi novia. Después de todo un año de andar tras de ti, de tus sonrisitas y coqueteos, me mandaste al carajo.

—Simeón, yo era una señorita decente. Se suponía que eso era lo que tenían que hacer las señoritas decentes. No podía andar de "pronta"… Por lo menos eso fue lo que me dijeron mis hermanas. Y después, bueno, ya sabes qué pasó después: te casaste con Juana y te convertiste en mi cuñado. ¿Podía acaso pensar en tener algo contigo? Me dolió muchísimo verlos juntos, ver cómo te trataba, pero también, tengo que confesártelo, una parte de mí se alegraba, porque nunca entendí por qué te habías casado con ella, por qué no habías tenido el valor para luchar por mí, por qué te conformaste… Pero, sobre todo,

porque creíste que yo era ese tipo de mujer que puede jugar con los sentimientos de un hombre. Simeón, si hubieras tenido sólo un poquito de paciencia, si me hubieras preguntado otra vez si quería ser tu novia, te hubiera dicho que sí.

No podía creerlo. Unas arpías me habían separado del amor de mi vida, de mi Martita, y yo fui un tonto; qué digo un tonto, un cabeza hueca, un imbécil. Los ojos se me empezaron a llenar de lágrimas. De pronto, una pareja de gringos entró a la tienda, tuve que contenerme. Martita se perdió al fondo. La pareja se me acercó y me preguntó el precio de algo. Le hablé a Martita, pero ella no apareció, así que la pareja se fue. Entonces dejé que se me escaparan las lágrimas.

Martita regresó con una foto. Me limpié el rostro. Aparecíamos los dos junto a sus hermanas; no me acordaba de haberme tomado una foto con ella. Fue el día de su cumpleaños, me dijo. Lucía tan hermosa y yo tan joven. En la foto ella me miraba; ¿por qué no me di cuenta del amor que había en sus ojos?…

—Perdóname, Martita —le dije, sintiéndolo desde lo más hondo de mi alma.

Se me acercó, se arrodilló junto a mí, y por primera vez vi en sus ojos el amor que no tuve el valor de ver en mi juventud. Me besó en los labios; sentí un escalofrío y recordé a María, la Llorona. Ahora empezaba a entender.

—Estás muerta, ¿verdad? —le pregunté, aunque ya sabía yo la respuesta.

—Sí, mi Simeón, desde hace mucho tiempo —y en ese momento la vi de verdad: era la muchacha flaca y pálida.

Me quedé sentado sin decir nada. No quería creerlo, me negaba a creerlo; entonces, con su cuerpo frío, se sentó en mis piernas. Con sus manos heladas acarició mi rostro, mi pelo canoso; con sus labios morados besó mi boca, mi cuello, mi frente, mis ojos, otra vez mi boca… Hubiera querido hacerle el amor, pero ya era demasiado tarde. Se apretó contra mi pecho, y con esa voz tan dulce me dijo:

—Yo siempre te quise, nunca te olvidé, Simeón.

Por fin, la abracé, la contagié con mi calor y el frío de su cuerpo fue desapareciendo. No sé si en ese momento me convertí en el muchacho de veinte años que vivía loco por ella, pero la besé de esa manera, como lo hubiera hecho a esa edad, con toda la pasión y el amor que un hombre puede sentir por la mujer que ama.

Volví a ser joven, ella volvió a vivir… por lo menos ese instante.

Martita se retiró de mis piernas, tomó la taza de té que ya estaba fría y dijo que traería más. Yo la seguí besando, nunca más dejaría de hacerlo.

Cuando regresó, se sentó al lado mío y colocó entre mis manos la taza caliente.

—Bien, Simeón, ahora te diré lo que has ignorado por tanto tiempo.

Me quedé muy quietecito, sabía que no era nada bueno lo que venía. Pude verlo en su cara.

—Un mes después de que te fueras, Juana empezó a sentirse mal. La llevamos de emergencia al hospital, y ahí descubrieron, para su sorpresa y la de todos, que… —Martita se calló un momento y luego continuó—… estaba embarazada; tenía casi tres meses.

—¿Embarazada?… Pero… ¿Cómo?… ¿Qué? No entiendo… —me levanté de la silla, alterado por la noticia, y casi se me cayó el té. Martita, sin decirme nada, hizo señas para que me sentara. Traté de serenarme.

—Dada su gordura —continuó Martita, tratando de mantenerse serena también— el embarazo fue de alto riesgo, así que me mudé a su casa para cuidarla día y noche; pensé que la idea de tener un bebé cambiaría a mi hermana, pero sólo hizo que su amargura y cinismo aumentaran. "Por lo visto, el 'impotente' de Si-meón no lo había sido tanto", repetía siempre burlonamente mientras se acariciaba la enorme barriga. Algo en el corazón de Juana se había roto, y parecía que no había manera de componerlo. Creo que nunca superó que no pudieras amarla. A pesar de todos sus esfuerzos nunca lo logró. Hasta me contaba historias sobre su gran romance contigo, pero yo sabía que eran puros inventos. Ella nos había separado con mañas; se aprovechó de nuestra ingenuidad, pero ni así consiguió que la amaras. El amor no se puede forzar, es o no es.

A esas alturas yo estaba más que sorprendido. ¡¿Había tenido un hijo?! ¿Había sido papá y no me había ni enterado? ¿Y dónde estaba mi hijo? ¿Dónde, dónde?… Quería hacerle tantas preguntas a Martita, pero ella me pidió que me calmara, que la dejara hablar.

—El día del nacimiento llegó. Fue un parto muy duro, Simeón, y las cosas salieron muy mal: después de dieciocho horas, Juana murió. Yo me hice cargo del bebé. Lo acogí como a mi propio hijo: no me despegaba de él ni un minuto, lo arrullaba, le daba su mamila, lo bañaba, lo cambiaba, le cantaba… hacía todo para que el pequeño no se sintiera solo en aquel mundo que le había dado la más triste bienvenida. Pero el pequeño, como si hubiera intuido su orfandad, prefirió regresarse por donde había venido. Una noche, lo arrullé entre mis brazos hasta que se quedó dormido, como hacía desde que nació. Lo coloqué con cuidado en la cuna, lo tapé y, viendo que todo estaba bien, me acosté en la cama de junto. Estaba tan agotada… llevaba semanas sin dormir, así que con tan sólo poner la cabeza sobre la

almohada me bastó para quedarme profundamente dormida. No me di cuenta de nada. Te juro que no me di cuenta de nada.

Martita guardó silencio, supongo que esperando alguna reacción mía, pero yo ni respiré. Estaba en otra parte, tratando de no sentir.

Empezó a llorar. Las lágrimas le salían sin esfuerzo, rápidas, como dos riachuelos. Yo no sabía qué hacer, nomás le miraba las lágrimas que seguían y seguían. ¿Un hijo? ¿Mi hijo? ¿Qué es un hijo?… ¿Alguien como yo había sido capaz de tener uno?… Pensé que eso sólo les pasaba a los que tenían buena suerte, a los buenos; o a los malvados, pero con buena suerte. Nunca pensé que eso me pudiera pasar a mí, ¿había tenido un hijo?… En el momento en que lo supe, una alegría tan grande que no tengo manera de explicarles despertó en mi pecho y, al siguiente instante, ahí mismo, en mi pecho, una desesperación tan angustiosa borró por completo aquella alegría.

Mi pequeño Simeón había muerto súbitamente. Sí, Martita le puso Simeón, como yo, su padre.

Después de un rato de llantos silenciosos, Martita siguió.

—Después de la muerte del bebé, caí en una crisis nerviosa; lloraba y lloraba sin parar. Únicamente pensaba en encontrarte y decirte acerca de tu hijo, y decirte que te amaba; pero como desapareciste cual ladrón, y disculpa que te lo diga así, no hubo manera. Hasta que un día me acordé de tus sueños de irte a Tijuana; entonces dejé de llorar, hice mis maletas, me despedí de mis padres y de mis hermanas y emprendí el viaje que me llevaría a encontrarme contigo. Desgraciadamente fue un viaje muy largo; tuvieron que pasar más de treinta años.

La tomé de las manos. ¿Qué más podía hacer?

—En Tijuana las cosas no resultaron de lo mejor. Para sobrevivir trabajé de muchas cosas: de mesera, de recamarera, en una tienda de abarrotes, hasta que después me conseguí este trabajo de encargada de la tienda de artesanías. Pensé que estando en un lugar turístico las posibilidades de encontrarte serían mayores. Sin embargo, el destino me tenía deparado un cambio de planes. Una tarde de invierno, cuando oscurece más temprano, me olvidé de cerrar la puerta metálica mientras hacía el inventario. El tiempo se me pasó haciendo números, y no me di cuenta de que el resto de las tiendas ya había cerrado; me quedé sola. Estaba por salir del local, cuando se aparecieron dos tipos con medias en la cara. Me empujaron hacia adentro y comenzaron a gritarme, a exigirme de la manera más grosera que les diera todo el dinero. Me asusté mucho y comencé a gritar pidiendo auxilio, ya que pensé que aún había gente afuera, cuando en eso, uno de los tipos sacó una pistola. Me dio un ataque de nervios y el ladrón, al no poderme controlar, me dio un cachazo en la cabeza. De pronto, todo

se me oscureció y sentí un golpe frío y duro cuando caí al suelo. Al día siguiente me levanté con un gran dolor de cabeza. Me sentía mareada y ligera. Me tomó mucho tiempo darme cuenta de que había muerto. Cuando entendí, no quise irme: ni muerta perdí la esperanza de volver a verte. Tenía un mensaje que darte y te lo daría —Martita tomó un poco de aire y continuó—. Así se me fue la muerte, entre la vida y los vivos, hasta esa noche en que te vi con tu sombrero de charro fotografiándote al lado del burro-cebra. Encontrarte fue un momento muy difícil, porque tuve que aceptar que mi corazón tenía más de tres décadas de no latir.

Toda aquella tarde y toda aquella noche las pasé con Martita, no quería que llegara el amanecer, no quería despedirme de ella. Martita me consoló entre sus brazos, me repitió muchas veces que yo no tenía la culpa de lo que había pasado, ¿cómo iba yo a adivinar algo así?… Pero me sentía culpable, responsable por su sufrimiento, por la muerte de mi hijo, y hasta por la suya. Si no hubiera sido tan pendejo (con perdón de la palabra), tan orgulloso, si no me hubiera sentido tan poca cosa, hubiera luchado por ella, me hubiera casado con ella y nada de eso habría pasado. ¿Cómo podemos hacernos tanto daño los unos a los otros? ¿Cómo podemos decir que amamos a alguien cuando le hacemos tanto daño?… Dicen por ahí que "el hubiera no existe", y lo único que existía en aquel momento era un hombre de sesenta y tantos años llorando en los brazos de su joven amada… muerta. Cuando pensé en esto, una idea me iluminó. Comprendí en ese extraño y doloroso momento, que era el hombre más afortunado del mundo: la vida y la muerte me habían regalado las verdades de mi vida. Si no hubiera iniciado este viaje, el que empecé preguntando a los del más allá sobre cómo vivir en el más acá, jamás me hubiera enterado de nada, y tal vez habría muerto lleno de rencor y de tristeza. Martita y mi hijo siempre permanecerían en mi corazón, y quizá muchas noches les lloraría, pero a mí me tocaba seguir viviendo, me tocaba elegir.

Martita se retiró de mí suavemente. Sus ojos brillaban.

—Mi amado Simeón, ya es hora de irme. Ya me puedo ir a descansar en paz. He cumplido mi cometido.

—¡No, Martita, por favor, no me dejes! —grité yo, aferrándome a ella y desechando lo que acababa de comprender.

—Simeón, ya has entendido. ¿No sabes que nos volveremos a ver?… Te estaré esperando con tus padres, tus abuelos y todos aquellos que te han querido. Pero por lo pronto, a ti te toca vivir. Y cuando digo "vivir" me refiero a vivir de verdad: a gozar, a disfrutar

de la vida, de las cosas pequeñas y de las grandes, a hacer tuyo este mundo, porque es tuyo; a ayudar a otros a que aprendan a vivir, así como tú lo estás haciendo. Hay muchos muertos allá afuera, muchos más que no están en los panteones, como la chica de la tienda de al lado. Te toca a ti ayudarlos a despertar.

Mientras Martita me decía todas esas bellas palabras, yo luchaba entre mi necesidad de tenerla y mi necesidad de darle la razón y de gritar de alegría que estaba vivo. Sus palabras me ayudaron a entender mi misión en la vida. Ahora sí que tendría un sentido.

Me besó por última vez, sus labios ya no eran morados ni fríos, eran rosados y cálidos. Nunca un beso me hizo sentir tanto amor. Nos abrazamos por largo rato, pero no nos dijimos adiós; nos fuimos soltando de las manos poco a poco, hasta que entre los dos sólo quedó aire. Mirándonos a los ojos entendimos nuestro pacto: algún día nos volveríamos a ver.

Antes de desaparecer por completo, cuando su imagen empezaba a verse borrosa, Martita me preguntó con aquella dulcísima voz:

—Simeón, ¿sabes lo que significa tu nombre?

—No —contesté, extrañado por la pregunta.

—“Aquel que ha escuchado.”

Entonces sonreí.

Epílogo

Hola. Esteee… Mi nombre es Simón, o don Simón, como ya me han conocido, el médium. Bueno… este… pues ustedes disculparán que me haya colado para dejarles unas palabras antes de retirarnos… Esteee… No soy muy bueno hablando ante la gente, comprenderán que estaba más acostumbrado a hablar con los muertos, pero hago mi esfuerzo. Bien… este… lo que yo quería decirles es que me he unido a mi buen amigo Simeón en su causa, por eso esta tarde hemos venido aquí a platicar con ustedes; mañana nos reuniremos con unos muchachos de secundaria.

Ya escucharon toda su historia y… esteee… yo estoy aquí para decirles que todo lo que les contó es verdad. Menos lo de que soy un viejillo porque me gustaron más las pinturas rupestres que las torres eólicas; como dice el dicho "viejos los cerros, y reverdecen…". Estarán de acuerdo conmigo… Ustedes bien pueden confirmarlo, porque nos contaron que en este asilo el más joven tiene más de setenta y cinco años. Pero en caso de que se sientan más como los cerros por viejos que por verdes, recuerden la historia de Simeón: estoy seguro de que algo en ella los hará reverdecer. Y… eeeste… perdonen si soy muy franco en mis palabras, pero a las cosas hay que llamarlas por su nombre, ¿no creen?

Bien… este… también estoy aquí para contarles el final, lo que pasó después del encuentro entre Simeón y Martita.

Aquel día no supe nada de Simeón, me preocupé porque no le dijo nada a nadie y él no era así; después de andar juntos día y noche por tanto tiempo, podía decirse que ya lo conocía bastante. Y… este… pues sí, la verdad me preocupé, sobre todo porque desde la noche anterior, después de tomarnos la foto con el burro-cebra, lo noté muy nervioso. Tuve que esperar hasta la mañana siguiente para tener noticias de él. Llegó, no les miento, como desinflado, quiero decir que la panza parecía que se le había desaparecido. Hasta su rostro se veía más joven; creo que hasta el cabello se le rejuveneció, porque se le notaban poquísimas canas. Los ojos le brillaban mucho, aunque no podía entender si era de gusto o de tristeza. Le pregunté a qué *spa* se había metido o con qué cirujano había ido, pues para ir yo también, pero me contestó algo insólito: "Estuve con Martita".

"¿Martita? ¿Cuál Martita?", le pregunté porque en aquel momento qué iba yo a andar suponiendo de qué Martita se trataba. Por

supuesto, cuando me lo aclaró, pensé que ahora sí se había vuelto loco. Después nos contó toda su historia. Sí, "nos" contó porque también doña Leonora estaba ahí. No la dejó retirarse cuando ella, muy prudente, dijo que prefería dejarnos solos para hablar de nuestras cosas. Pero él no la dejó, le pidió que se quedara, que lo escuchara, e hizo muy bien, porque aquella mujer tan amable y dulce supo escucharlo. Claro, primero se asombró muchísimo; o más bien creo que se espantó, así que tuvimos que contarle la historia desde el principio. Contrario a lo que yo creía (porque, tengo que admitirlo, mi idea sobre las mujeres no era la mejor), doña Leonora fue muy comprensiva, y desde entonces surgió entre los tres una linda amistad. Aunque Simeón me cuelgue saliendo de aquí, tengo que decirles que a mí se me hace que entre ellos hay algo mucho más que una simple amistad. Si vieran los ojos de borrego a medio morir que ponían los dos cuando estaban juntos. Y no es que ande de chismoso, pero hasta se metieron a clases de computación para poder chatear. Yo mismo acompañé a Simeón a comprarse su PC con camarita y toda la cosa. Uy, estaba tan emocionado. Yo creo que "este arroz ya se coció". Él dice que no, pero yo sé que ya está haciendo planes para mudarse definitivamente a Tijuana.

Vaya, y yo que tenía miedo de que se me trabara la lengua… creo que ya se me soltó de más. Simeón, por favor, no me odies, sabes lo que te quiero, amigo mío. Por eso me gusta compartir tu felicidad con todo mundo… Ah… ¿de mí? ¿Quieren saber qué ha sido de mí?… Bueno, cuando regresamos a Chihuahua, ya veníamos con la idea de juntarnos con la gente a platicarles nuestras experiencias, y eso me entusiasmó muchísimo. Así que empezamos a planear cómo lo haríamos. Hablé con mi hija y le propuse que se viniera a vivir conmigo, le platiqué de nuestros planes y ella también se emocionó, dijo que nos ayudaría. Gracias a Soraya estamos aquí. Ahora vivo muy feliz con ella y mi nietecita en casa. No me hace falta nada más. Me di cuenta de que, si quiero sentirme vivo, debo acercarme a la gente y no alejarme de ella. Entendí que cuando ya no tienes miedo de morir, ya no tienes miedo de vivir. Los muertos, muertos están (o eso dicen), y la vida no se acaba, hasta que se acaba. Y, aun así, continúa.

Agradecimientos

Una de las características del oficio de escritor es que se trabaja en solitario… Sin embargo, quienes estamos metidos en este asunto, sabemos que únicamente el ejercicio de escribir se hace a solas, en silencio (la mayoría de las veces), alejados del mundo, lo más posible, para poder crear el propio. Pero puesto el punto final, la cosa cambia. El trabajo comienza a hacerse en equipo.

(Extracto de mi columna *Las cosas que nos inspiran*: Trabajar en equipo.)

En mi equipo participaron muchas personas. Gracias a todos ellos, porque debido a sus críticas, comentarios y correcciones llegué a este resultado.

¡GRACIAS!:
Laura Luján
Alfonso Durán
Ninfa Luna
Mónica Sigg Pallares
Mary Ann Luna-Amdur
Renato Bojanovich
Jaime García
Pablo Martínez Ramírez
Nora Lizet Castillo Aguirre
Jorge Rodríguez

Gracias, Andrea Saga y Adriana González Márquez, por la buena estrella, por el momento oportuno de coincidir.

Gracias a mi gran equipo Escritores Independientes Capítulo Monterrey (EICAM).

Gracias a mi madre y a mi abuela Coco. Gracias a mi padre, por su apoyo.

Y gracias muy especiales a Diego Mejía Eguiluz, por creer en mí y en Simeón.

NUNCA ES TARDE PARA PERSEGUIR TUS SUEÑOS

Simeón es un mecánico convencido de que le falta algo a su vida. De joven deseaba mudarse a Tijuana, pero por diversas circunstancias no pudo hacerlo. Convertido en un hombre solo, triste y cansado, Simeón está decidido a evitar que sus últimos años sean grises y aburridos; sin embargo, no sabe exactamente qué debe hacer para dar un giro a su existencia. Hasta que un día tiene una idea genial: lo que necesita es consultar a un experto en la vida, y qué mejor que alguien que ya la vivió. Los consejos que los muertos le hacen llegar a Simeón lo convencen de emprender la odisea más asombrosa, en la cual conocerá a personajes que lo reconciliarán con la vida y le harán comprender la verdadera fórmula de la felicidad.

Mariana García Luna (Ciudad de México, 1974. Hija de padres peruanos) no llegó a este mundo con su torta bajo el brazo. No. Ella llegó con un libro (o por lo menos es lo que ella piensa, porque se recuerda leyendo desde siempre). Esa pasión por la lectura fue la causante de que emprendiera el viaje más emocionante de su vida: el de crear y compartir sus propias historias. Para ello, tomó todas sus pertenencias y se fue a estudiar a la Sogem, en la ciudad de Querétaro. Ahí escribió su primer libro, *Frutario*. Un año y medio después voló hasta Barcelona; en el Aula de Escritores encontró la inspiración suficiente (y las herramientas) para iniciar su novela *El vestido de novia*. De regreso a México escribió *La hora del té* y *Memorias del más allá, para vivir en el más acá*, libro que hoy tienes en tus manos. Actualmente, sigue leyendo y ya está trabajando en su siguiente historia.

facebook/marianagarcialuna2012

facebook/memoriasdelmasalla

twitter/marianagluna5

Memorias del más allá, para vivir en el más acá

Primera edición digital: abril, 2016

D. R. © 2016, Mariana García Luna

D. R. © 2016, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso, colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520, México, D.F.

www.megustaleer.com.mx

D. R. © Penguin Random House / Bruno Valasse, por diseño de portada
D. R. © Eduardo González, por fotografía de la autora

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*.
Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.
Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización.
Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.com.mx)

ISBN: 978-607-314-219-9

Penguin Random House Grupo Editorial

/megustaleermexico @megustaleermex

Conversión eBook: *eGIANTS, Pre-Impresión y Edición Digital*

Índice

Memorias del más allá, para vivir en el más acá

Prólogo
Simeón en Tijuana
El muerto número uno
El otro lado de la vida
Rarus
El mudo
Sin título
La historia
El *brody*
El viaje. Parte 1
El viaje. Parte 2
Epílogo
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre la autora
Créditos